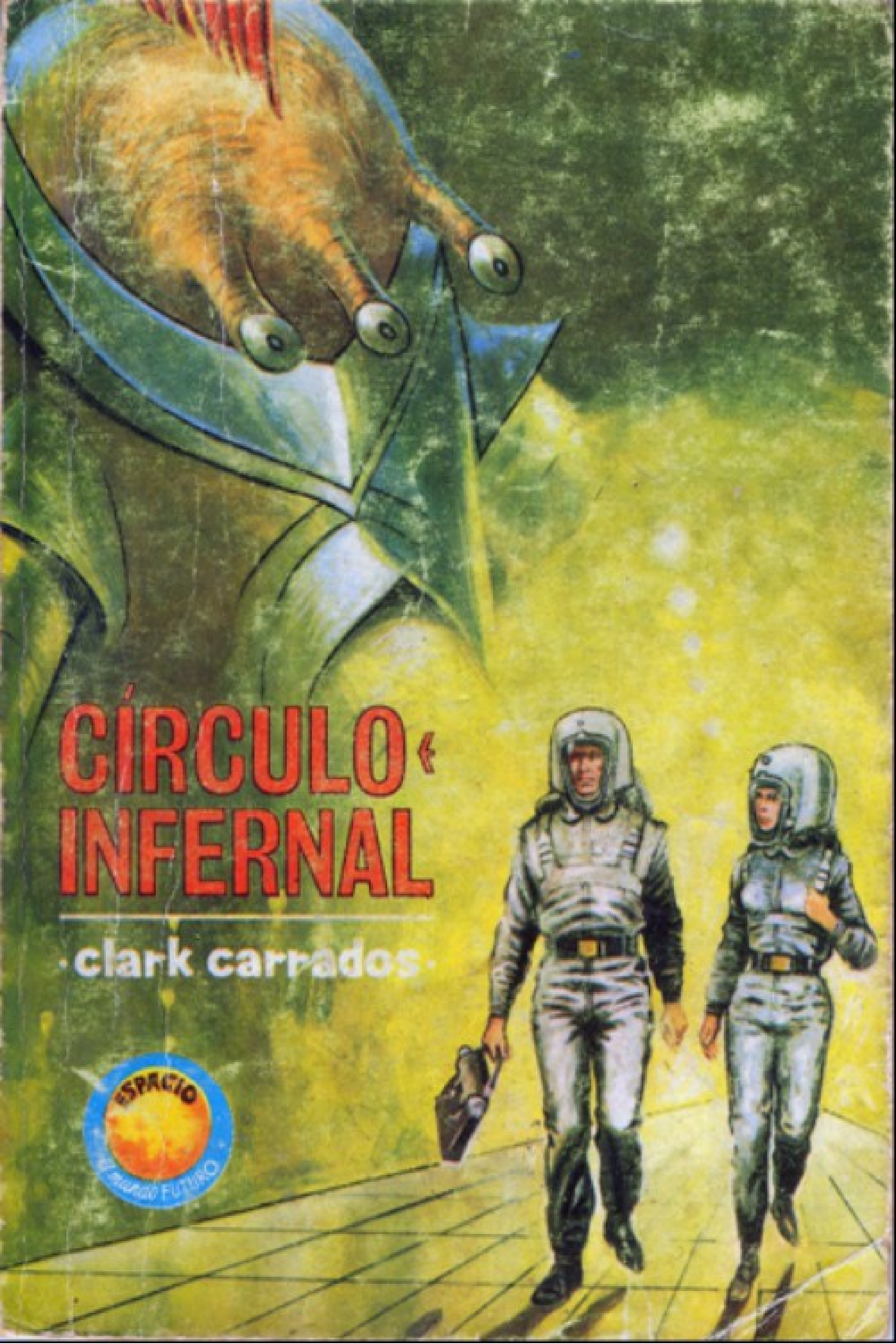

CÍRCULO INFERNAL
clark carrados
ESPACIO
el mundo FUTURO

Círculo infernal
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/377

CAPÍTULO I

El jardín, circundado por una tapia de un par de metros de altura, estaba muy bien cuidado. No era demasiado grande, unos treinta metros de lado, pero en él había espacio suficiente para que cupieran, además de los rosales y otras plantas de adorno, un par de copudos olmos, uno de los cuales alcanzaba casi quince metros de altura. El césped abundaba en los intervalos entre planta y planta y se veía jugoso y bien recortado.

La casa estaba al fondo, una pequeña construcción de una sola planta, con una prolongación del jardín en la parte delantera, la que daba al río, el cual corría a un cuarto de kilómetro, en el fondo de un pequeño valle herboso y abundante en árboles, chopos principalmente.

Unas manos aparecieron de repente sobre la tapia. A ellas siguió una cabeza y después los hombros del propietario de la cabeza.

El hombre estudió atentamente el interior del jardín. Una vaga sonrisa flotó en sus labios, rodeados por el vello de una semana. Era joven, bien parecido y tenía el cabello de color claro y los ojos grises.

Flexionó los brazos y se puso a caballo sobre la tapia. Luego, con notoria agilidad, se dejó caer al interior del jardín, sin causar el menor ruido.

Escuchó unos momentos. Tranquilizado al respecto, avanzó hacia el olmo de mayor tamaño.

Vestía con sencillez, camisa y pantalones de color claro, éstos sujetos por un cinturón de cuero de diez centímetros de anchura, con una gran hebilla plateada en el centro. No llevaba armas, al menos visibles.

Al llegar al pie del olmo se detuvo a escuchar nuevamente. Sólo

se oía el monótono canto de un grillo.

De nuevo sonrió. De repente, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco del árbol. Removió un poco el cuerpo, a fin de acomodarse mejor, cerró los ojos y a poco dormía como un tronco.

Así estuvo hasta que le despertó la dueña de la casa.

Era una mujer joven y hermosa. Vio al hombre durmiendo tranquilamente en el jardín y, en el primer momento, se llevó un gran susto.

Pero pronto reaccionó. Salió por la puerta posterior, buscó una herramienta en el cobertizo y acabó por elegir el mango de una pequeña azada, que le servía para escardar las plantas. Con el palo en la mano, pero oculto a su espalda, caminó hacia donde estaba el durmiente.

—¡Eh, oiga! —llamó.

Daniel Borrow abrió los ojos.

—¡Cáscaras! ¿Es verdad o estoy soñando?

Ella le miró irritadamente.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa? —preguntó.

El joven se puso en pie y se alisó el cabello con los dedos.

—Nadie, señorita, ésta es la verdad. Sólo que tenía deseos de descansar en un lugar relativamente seguro. Por eso me permití violar la sagrada tranquilidad de su maravilloso jardín. Le ruego me perdone, insisto.

La miró con descaro de arriba abajo, haciéndola enrojecer. Ella era esbelta y bien conformada; tenía el cabello muy negro, recogido en la nuca en un severo moño peinado que dejaba al descubierto unas sonrosadas orejas, desnudas de todo adorno.

La blusa encerraba un busto prieto y arrogante; su cintura era de avispa y las piernas, largas y torneadas. El sol había tostado la piel, que en otras regiones anatómicas debía tener la blancura de la nieve. El indumento de la joven era sencillo, demasiado tal vez, y tenía un tono gris oscuro, que no la favorecía en nada.

—¿Por qué vino aquí? — preguntó ella sintiendo curiosidad.

—Perdón, no me he presentado. Mi nombre es Barrow, Daniel Barrow —contestó el joven con una sonrisa.

La mujer apretó los labios.

—No me interesa su nombre. Ha entrado subrepticiamente en

una casa que no es suya. ¿Sabe la pena que podrían imponerle por ese delito?

Daniel sonrió.

—Si usted no me denuncia a la Policía Social, ¿quién me condenará? —exclamó con toda desfachatez.

—¡Oh! —dijo ella, indignada. Le estudió un momento y, de pronto, pareció comprender la verdad. Con gran repugnancia, dijo —: ¡Usted es un vagabundo!

Daniel se puso una mano en el pecho y se inclinó hacia delante.

—Hermosa señorita, acaba usted de dar en el clavo. Soy un vagabundo, pero también un hombre libre, si es que usted conoce el significado de esta palabra.

—Conozco bien el diccionario —repuso la joven, secamente—. Y no soy señorita, sino señora.

—Mis congratulaciones a su esposo. Disfrutar de la compañía de una beldad semejante, debe ser igual que estar continuamente en el paraíso.

—No tengo esposo. Murió hace tres años. Y ahora, ¿quiere marcharse ya de mi casa de una vez o llamaré a la policía? ¿Sabe lo que hacen con los vagabundos?

—Con los vagabundos que son atrapados, claro —sonrió Daniel —. Sí, demasiado lo sé. Y permítame que le exprese mis condolencias por el fallecimiento de su amado esposo. La soledad de una persona que ha conocido el amor puro y apasionado de...

—¡Basta! —exclamó ella, al borde de la histeria—. ¡Váyase de una vez o no respondo de mí!

—¡Por Dios, señora! Crea que lamento infinito haber causado semejante perturbación en su ánimo. Me iré en seguida, pero... ¿no tendría usted algo de comida? Me encuentro hambriento, desfallecido... —dijo Daniel con voz débil.

Se apoyó en el árbol con una mano, poniendo la otra en su estómago, al mismo tiempo que su cara se contraía por el sufrimiento.

La joven se mordió los labios. Sus sentimientos fluctuaban entre la compasión y la desconfianza.

Ganó la compasión.

—Está bien —dijo al final—. Le daré comida, pero habrá de prometerme que abandonará la casa apenas haya terminado. Si... si

viniera la policía, me vería en un serio aprieto.

—Se lo prometo solemnemente —Daniel alzó la mano—. No he oído su nombre, señora.

—Ohalla, Perla Ohalla —contestó ella. Giró sobre sus talones—. Sígame —indicó.

Entraron en la casa, bien cuidada y de suelo blando. Unas reproducciones de cuadros valiosos adornaban las paredes. Los muebles eran sencillos, adaptados a la función.

Perla extendió el brazo.

—El baño está allí —dijo—. Su comida estará lista dentro de quince minutos.

—Si su arte culinario está a la altura de su belleza, no hay duda de que comeré como un rey —sonrió el joven.

Volvió un cuarto de hora más tarde. En el baño había encontrado una maquinilla de afeitar eléctrica, que le había limpiado el vello de la cara.

—¡Mmmm...! —dijo, olisqueando el aire—. Esto huele magníficamente.

Había sopa, frutas, carne, patatas hervidas, mermelada, mantequilla y pan tostado. Una cafetera humeaba sobre la mesa.

Daniel atacó la comida con hambre de lobo. En media hora, dejó limpios los platos.

Con la última taza de café, miró a la joven, que se había sentado frente a él, rígida, erecta.

—Recordaré siempre esta comida, señora Ohalla. Y a la cocinera, por supuesto.

—Gracias —contestó ella en tono seco—. Creo que he hecho todo lo que estaba al alcance de mi mano, señor Borrow.

—Sí —suspiró él—, tendré que irme y continuar mi camino de vagabundeo. Una verdadera lástima. Pero, si he de decirle la verdad, lo prefiero.

—¿Lo prefiere a un empleo estable y seguro? —preguntó Perla, llena de curiosidad.

—En las condiciones sociales actuales, por supuesto —afirmó él rotundamente—. Me cansé de ser un número. Todo previsto, todo señalado del principio al fin, de la cuna a la sepultura... Oh, llegué casi a enloquecer. Por eso me lancé a la vida de vagabundo. Paso hambre, duermo al aire libre, pero soy dueño de mí mismo.

—Salvo si le atrapa la Policía Social.

—Ya procuro yo evitar los encuentros con los esbirros de la máquina. Y, créame, se necesita ser muy listo para atrapar a un tipo como yo, modestia aparte.

—Pero... pero ésa no es forma de vivir... no sé cómo decirle —habló Perla—. Puede gustarle a una persona joven durante algún tiempo, años incluso, pero luego acaba por cansarse. La seguridad de un techo, una comida, unos ingresos fijos... No sé cómo expresarme, aunque creo que usted me entiende,

Daniel dejó la taza vacía sobre el platillo.

—La comprendo perfectamente, pero odio la mecanización de los sistemas sociales actuales, que anulan por completo la inactividad del individuo. —movió la mano sobre la mesa—. ¿Qué he comido? Sopa sintética, frutas deshidratadas, carne congelada quizá desde hace un siglo, mantequilla que no conoció la vaca... de vez en cuando, se encuentran frutas silvestres y usted no sabe el delicioso sabor que tienen; no sabe tampoco lo que es preparar una trampa y cazar un conejo y comer su carne asada en las brasas...

Perla hizo un gesto de repugnancia.

—No trate de hacerme propaganda de la clase de vida que lleva —dijo—. Me conformo con la que disfruto y no pido más.

—Sí, pero usted vive de una forma relativamente parecida a la mía. Sola, en medio del campo, con un paisaje espléndido en torno a su casa...

—Olvida usted que estoy retirada por motivos personales —dijo Perla.

—Es verdad. No había reparado en ello. De todas formas, le pido perdón una vez más y le ruego acepte mi más sincero reconocimiento por su maravillosa hospitalidad. Dondequiera que vaya, recordaré siempre este encuentro como uno de los acontecimientos más felices de mi vida.

Daniel se puso en pie, dispuesto para marcharse. De pronto, sonó el timbre de llamada.

CAPÍTULO II

Perla volvió los ojos instintivamente hacia la puerta de la sala,

que daba al vestíbulo. Una expresión de alarma se pintó en su hermoso rostro.

—¿Quién será? —musitó.

—¿Espera usted a alguien? —inquirió Daniel.

—No. Nunca recibo visitas aquí.

Daniel notó que Perla se había puesto nerviosa.

¿Por qué?, se preguntó.

La llamada se repitió, larga, insistente.

—Iré yo, con su permiso —dijo.

Cruzó la sala, pasó al vestíbulo y abrió la puerta.

Un hombre se le echó encima, derribándole casi al suelo. Tenía la cara manchada de sangre y su respiración era entrecortada, afanosa.

—Ayúdeme…, por favor —pidió con voz ronca—. Estoy… herido…

Después de lo cual, se desvaneció por completo y fue un peso muerto en los brazos del joven.

Detrás de él, Perla dejó escapar un grito sofocado. Con el desconocido en sus brazos, Daniel volvió los ojos y miró a la joven.

—¿Qué hago?

Perla se recuperó de la estupefacción en que había caído.

—Tráigalo al dormitorio de los huéspedes —dijo.

Daniel era un hombre fuerte. Aunque el desconocido no era una pluma, cargó con él y lo transportó hasta una habitación, cuya puerta mantenía abierta la joven. Depositó el cuerpo sobre la cama y luego se limpió las manos en las caderas.

—Traiga una palangana de agua caliente, alcohol y un par de toallas, señora —pidió.

Perla se apresuró a obedecer. Mientras, Daniel examinaba al recién llegado, dándose cuenta de que, aunque joven, tenía algunos años más que él.

Era fuerte y musculoso, aunque la pérdida de sangre le había provocado una gran debilidad. Vestía un traje de una sola pieza, ceñido por un cinturón ancho, negro, con dos cartucheras a ambos lados.

Tenía un gran rasguño en la sien. Su hombro izquierdo aparecía también herido.

Daniel rasgó la parte superior del traje, dejando la herida al

descubierto. Entonces llegó Perla con los elementos de cura.

Lavaron las heridas y las desinfectaron. Pero la hemorragia, al menos en la herida del hombro, continuaba.

El alcohol hizo reaccionar al sujeto. Abrió los ojos con esfuerzo.

—El lado izquierdo… del cinturón… —balbuceó—. Tengo… una pomada desinfectante…

Daniel tomó el cinturón, que había quitado del cuerpo del hombre, y abrió la cartuchera del lado izquierdo. Encontró una especie de tubo de pasta dentífrica, cuya tapa quitó, oliendo después su contenido.

Arrugó la nariz.

—No es agua de Colonia, precisamente —dijo.

—Aplique… parte del contenido… sobre las heridas… —jadeó el hombre.

—Muy bien —contestó el joven, presionando el tubo para que saliese la pasta de su interior, que tenía un tono rosado muy parecido a la carne—. ¿Cómo se llama usted, amigo?

—J’Min —creyó oír Daniel.

—¿J’Min? —repitió, mientras extendía la pomada por encima de la herida del hombro—. Vaya un nombrecito.

Aquella pomada era muy espesa. Sus efectos fueron asombrosos.

La hemorragia quedó cortada de manera instantánea. Una expresión de infinito alivio apareció en el rostro de J’Min.

—Gracias —murmuró—. Ahora… por favor… déjenme descansar… estoy muy fatigado…

Cerró los ojos. Pocos momentos después, dormía profundamente.

Daniel echó una manta sobre el cuerpo de J’Min. Luego volvió los ojos, hacia Perla, que parecía tan asombrada como él.

—¿Lo conocía usted?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Es la primera vez que lo veo —contestó.

—Sus heridas no son serias, salvo por la pérdida de sangre— dijo Daniel—. ¿Qué hará ahora? ¿Dará parte a la policía?

—Esa sería mi obligación —contestó, en tono irresoluto.

—La dueña de la casa es usted —Daniel se miró las manos—. Voy a lavarme. Luego me iré.

—¡No, por Dios! —pidió ella con vehemencia—. ¡No me deje usted sola con este individuo!

—Bueno, avise a la policía. Se lo llevarán al hospital y… —de pronto, Daniel se pegó una palmada en la frente—. ¿Cómo demonios llegó hasta aquí?

Perla abrió la boca, estupefacta. Ninguno de los dos se había preocupado de semejante detalle.

—A pie —dijo la joven al cabo de unos instantes.

—¿A pie? —Daniel levantó la manta. Las suelas de los zapatos del desconocido aparecían casi limpias por completo—. J'Min no ha caminado veinte metros para llegar hasta la puerta de su casa.

De pronto, con paso resuelto, salió de la habitación.

Perla le siguió en el acto. Daniel llegó a la puerta de la casa, abrió y miró hacia el exterior.

El prado que había al otro lado del jardín anterior aparecía desierto.

—¿Habrá llovido del cielo? —se preguntó.

La casa disponía de un pequeño cobertizo. Daniel lo examinó.

—Había un vehículo allí.

—Es mío —dijo Perla—. Lo uso para desplazarme a la ciudad.

Daniel cerró la puerta. Miró a la joven.

—En mi opinión, debiera avisar a la policía. Tener un herido en casa podría acarrearle graves compromisos.

—No mayores de los que sufriría si se enterasen de que, además, había dado cobijo a un vagabundo.

Daniel torció el gesto.

—Es verdad. Se nos persigue casi como a alimañas salvajes. Bueno, ¿le parece que hagamos una cosa?

—Explíquese —pidió ella.

—Esperemos a que J'Min se haya recobrado. Entonces, yo le interrogaré y, de sus respuestas, obtendremos una norma de actuación para usted.

—Es una buena idea —concordó Perla.

Regresaron al interior de la casa. J'Min continuaba sumido en un sueño apacible, respirando con entera normalidad.

—Dejemos pasar el tiempo —aconsejó el joven.

Llegó la noche. Perla preparó la cena.

J'Min continuaba durmiendo. Daniel iba a verlo con frecuencia. De cuando en cuando, le tomaba el pulso. Todo en J'Min marchaba bien.

De pronto, cuando eran las diez de la noche, aproximadamente, se le ocurrió examinar las heridas de J'Min.

Un grito se escapó de sus labios en el acto.

Perla acudió a la carrera, alarmada por la voz del joven.

—¡Señor Borrow! ¿Qué sucede?

Daniel le enseñó la herida del hombro.

—Mire —dijo.

Perla abrió la boca de par en par.

—¡Está casi cicatrizada! —exclamó.

Perla y Daniel se miraron el uno al otro, atónitos por aquel extraño fenómeno, que les resultaba totalmente incomprensible.

Daniel buscó el tubo de pomada y lo examinó. No tenía marca de fábrica ni tampoco instrucciones para su uso. Estaba limpio de toda inscripción.

—¿Qué medicina tan poderosa es ésta? —murmuró.

Sobrevino un momento de silencio. Daniel empezó a sospechar que se encontraba ante un enigma cuya naturaleza escapaba a sus conocimientos.

De pronto, se oyó el «ding—dong» de la puerta.

Perla se estremeció.

—Viene alguien —dijo en voz baja.

—Por lo visto —murmuró Daniel—, usted está poco acostumbrada a recibir visitas en esta parte de la región.

Ella movió la cabeza.

—Tan sólo algunos amigos, de cuando en cuando. Mis padres viven muy lejos y.,.

El timbre sonó de nuevo. Daniel extendió la mano.

—Deje, yo abriré.

Caminó hacia la puerta. Una vez la hubo hecho girar a un lado, divisó a dos hombres bajo el dintel.

Eran tipos fuertes, robustos, de caras pétreas y ojos escrutadores. No llevaban armas, al menos visibles.

Por entre medio de sus cabezas, Daniel creyó distinguir un vehículo en el prado, aunque la distancia y la oscuridad se aliaron para impedirle conocer sus formas. Los recién llegados llamaron su atención de inmediato.

—Perdón —dijo uno de ellos—, estamos buscando a un hombre que se nos escapó.

—Está herido. Quizá ustedes le vieron —añadió el otro.

—¿Un hombre herido? —preguntó Daniel—. Por favor, ¿quiénes son ustedes?

—Eso no importa ahora —contestó el primero de los sujetos—. Solamente queremos saber si ese hombre está aquí o no.

—¿Tienen ustedes alguna autoridad legal?

—Escuche, hermano, déjese de preguntas y díganos de una vez lo que queremos saber —pidió el segundo con voz impaciente.

—En esta casa no hay nadie más que nosotros dos —exclamó Perla de pronto, a espaldas del joven—. Mi... mi esposo y yo.

Daniel reprimió una sonrisa.

—Así es —confirmó.

—Bien —habló de nuevo uno de los desconocidos—, si ese hombre no está en la casa, ustedes no deberán temer nada de nosotros. Por tanto, se mostrarán comprensivos y nos dejarán comprobar sus afirmaciones.

Daniel captó en el acto la amenaza que latía en las palabras del sujeto.

—Pues no —respondió—. No tenemos por qué permitirles el paso. Estamos en nuestra casa y ustedes no poseen ninguna autoridad legal para franquear ese umbral sin nuestro permiso.

Los desconocidos sonrieron.

—Entraremos —dijo uno de ellos, avanzando dos pasos.

Daniel no se inmutó.

—Parece que andan buscando gresca —dijo.

Y su puño derecho se disparó, con terrorífica violencia contra la nariz del osado.

CAPÍTULO III

El hombre lanzó un aullido de dolor y se agarró el maltratado apéndice con ambas manos. Su compañero retrocedió un paso y echó mano al bolsillo posterior de los pantalones.

Daniel intuyó que iba a sacar un arma y cargó contra él con la cabeza gacha. Su frente chocó contra la mandíbula del individuo, derribándolo de espaldas.

Se oyó un sonido metálico, como de un objeto duro que rodase

por el suelo. Daniel no se preocupó del detalle, porque toda su atención estaba centrada ahora en el primero de dichos sujetos, quien, habiéndose recobrado, intentaba golpearle con los puños.

El joven contraatacó. Sus puños se movieron como los pistones de una máquina… uno, dos… uno, dos… Su antagonista gimió, suspiró y, al fin, se dejó caer al suelo, derrotado.

Daniel fingió limpiarse las manos de un polvo inexistente.

—Asunto concluido. Bueno, casi concluido —dijo, sonriendo.

Perla estaba muy pálida. No obstante, sonrió un poco también.

—Vamos a liquidar este negocio —añadió Daniel.

Se agachó, tomó a los dos desconocidos por los cuellos de sus trajes y los arrastró fuera del jardín y a través del prado, hasta que llegó al pie de su vehículo.

Daniel se dio cuenta de que el aparato podía servir perfectamente tanto para la tierra como para el aire. Esto era cosa corriente y aunque notó que su aspecto era algo diferente de los que conocía, no le concedió demasiada importancia.

Los desconocidos despertaron al cabo de un momento. Con ademán melodramático, Daniel les indicó su vehículo.

—Suban, lárguense y no vuelvan más por mi casa o les pesará.

Uno tras otro, los dos hombres se levantaron, con rostros mohínos. Sin pronunciar una palabra, entraron en el aparato, el que se elevó de inmediato, perdiéndose de vista en contados segundos.

Daniel regresó a la casa.

—Bien, todo está listo ya, señora Ohalla. Ahora sólo falta…

Se cortó de pronto. Acababa de ver, por encima del hombro de la joven, a J'Min en la puerta del salón.

Ella se percató de la expresión de su rostro y volvió la cara.

—¿Qué hace en pie? —preguntó, alarmada.

J'Min sonrió. Era un hombre atractivo, había que reconocerlo.

—Les puse en un grave aprieto por mi culpa —manifestó con voz grave y profunda—. Debo irme.

—Pero está herido —alegó Perla.

J'Min sonrió de nuevo.

—Mis heridas han sanado casi del todo. Mañana estaré bien por completo.

Cruzó el vestíbulo.

—No quiero continuar causándoles más problemas. Debo irme.

Daniel calló. Era Perla quien debía tomar una decisión.

—Si prefiere esperar… —insinuó la joven.

—Gracias por todo —dijo J'Min—. Adiós.

Pasó bajo el dintel de la puerta de salida y cruzó el jardín. Los dos jóvenes le siguieron con la mirada, hasta que se fundió con las tinieblas.

—No debiera haberle dejado marcharse —dijo Perla pensativa pasados algunos minutos.

—Cada cual conoce sus propias posibilidades —respondió Daniel. Suspiró—: Bien, su tranquilidad ha sido ya bastante perturbada, señora Ohalla. Estaba sola y, de repente, ha recibido la visita de cuatro hombres. No podrá decir que el de hoy no ha sido un día tranquilo.

Perla le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó.

—Continuar con mi vida de peregrinaje, naturalmente —respondió él, sonriendo—. Sin un céntimo en el bolsillo, pero libre como el viento.

Perla se mordió los labios. Estuvo tentada de decirle que se quedase pero no se atrevió a ello.

—Le doy las gracias muy sinceramente por cuanto hizo en mi favor —declaró Daniel—. Incidentes aparte, ha sido un gran placer conocerla, señora Ohalla.

Y ya iba a decirle adiós, cuando, de pronto, divisó un objeto brillante en el suelo.

—¿Qué es esto? —exclamó, inclinándose para recogerlo.

Se acordó de que, en el momento de la pelea, uno de los desconocidos había intentado llevarse la mano al bolsillo de la cadera. Después se había escuchado un sonido metálico, pero luego había olvidado el detalle.

El objeto era cilíndrico, de unos treinta centímetros de largo, por tres de grueso, terminando en una especie de empuñadura, en la que se advertían varias protuberancias. Estaba hecho de un metal muy brillante y parecía duro como el pedernal.

Daniel y Perla examinaron el extraño aparato, invadidos por la curiosidad. De pronto, Daniel presionó una parte de la empuñadura con un movimiento maquinal.

Una delgada línea de luz deslumbrante partió del extremo más

delgado de aquel singular tubo. Se oyó un seco chasquido.

Daniel abrió la boca de par en par. Un trozo del muro opuesto, de unos treinta centímetros de ancho, de forma completamente circular, había desaparecido por completo.

—¡Cielos! —exclamó.

Y, de repente, empezó a sudar.

—¡Aquel tipo pretendía atacarme con este artefacto! —gimió.

Perla se puso pálida. Lo que parecía una pluma o un lápiz era un arma de potencia terrorífica.

Daniel hizo otra prueba. Alargó el brazo y apuntó hacia el prado.

De nuevo se vio la luz. A veinte metros, un extenso trozo de hierba y tierra desapareció, convertido en vapor, tras un fuerte chasquido.

Volvió los ojos hacia Perla.

—Señora Ohalla, ¿se acuerda de los efectos de la medicina que usó J'Min?

Ella movió en silencio la cabeza. Carecía de fuerzas para hablar.

Estaba pensando lo mismo que pensaba Daniel.

—Esos hombres...—balbució el joven—, no... no son terrestres.

Sobrevino un denso silencio, después que Daniel hubo expresado en voz alta los pensamientos comunes a ambos.

—¿De dónde vinieron, entonces? —preguntó ella, mirando a lo alto.

No había luna. La atmósfera era limpísima y las estrellas resplandecían.

Daniel puso el tubo en manos de Perla.

—Usted vive sola aquí. Nunca ha ocurrido nada, pero no debe permanecer sin protección. Olvidemos lo sucedido; nadie nos creería. Guarde este tubo y empléelo sin vacilar en su defensa, si llega el caso.

—¿Se marcha usted? —preguntó ella.

—Sí. Usted desea estar sola, se ve fácilmente. Sufrió una grave pérdida y la soledad está curando su espíritu dolorido. Además... —Daniel sonrió—, me gusta la vida que llevo.

—Usted parece un hombre culto. ¿Por qué no se busca un buen empleo? — preguntó Perla.

—Ya lo tenía —sonrió él—. Pero era una prolongación, de carne

y hueso, que no de cerebro, de la máquina. Por eso lo dejé. Adiós.

Perla le contempló hasta que lo vio desaparecer en la oscuridad.

Una lágrima resbaló por sus mejillas.

¿Era conveniente la soledad para una mujer joven y hermosa?, se preguntó, acometida por una desazón cuyas causas no supo explicarse satisfactoriamente.

* * *

Varias semanas más tarde, Daniel fue sorprendido en pleno sueño a la sombra de un árbol, por una patrulla de la Policía Social y arrestado inmediatamente por vagabundo.

Dos días después, compareció ante un juez, que calificó su conducta de egoísta y antisocial.

—Con su ansia de errar sin rumbo fijo, viviendo, como decían los antiguos, a salto de mata, obstaculiza usted la Reconstrucción y niega su trabajo, mental o físico, cualquiera que sea su profesión, al esfuerzo comunitario. Por tanto, en virtud de las atribuciones que me confiere la ley para casos como el suyo, le condeno a un año de trabajos forzados en una factoría destinada a la Reconstrucción. Las Máquinas Analíticas emitirán su dictamen acerca del empleo que se le dará.

El juez hizo una pausa.

—La primera condena es siempre de un año. La reincidencia se castiga con diez. No hay tercera condena a trabajos forzados, sino eliminación pura y simple del elemento negativo que rehúye su esfuerzo a la labor de la comunidad. ¡Caso fallado!

La Máquina Analítica dijo que Daniel Borrow era un peón no calificado. Por consiguiente, fue destinado a los trabajos más bajos en la factoría donde se fabricaban elementos de comunicación y transporte.

Había unos cuarenta tipos en su mismo caso. La mayoría de ellos cumplían su segunda condena. Eran vigilados sin descanso y los días de fiesta, encerrados en un vasto patio donde, si bien podían entretenerse con juegos, libros o contemplando los programas de la televisión, les estaba prohibido salir para nada.

Tres meses después de haber sido condenado, el jefe de los guardias entregó un documento a Daniel.

—Está libre —dijo.

Daniel miró al sujeto con aire atónito.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó.

—No hay broma alguna —repuso el guardia—. Cuando se está condenado por primera vez, puede cancelarse la condena pagando el importe de su sueldo total durante el año o el tiempo que le falte para cumplir la pena. Alguien abonó nueve meses de su sueldo, eso es todo.

Daniel tomó el documento de libertad. Torció el gesto.

—Aquí dice que debo presentarme, en el plazo de una semana, en la Máquina Analítica número BL—4, a fin de recibir la orden de mi nuevo empleo.

—Exactamente. Dentro de siete días y a las diez treinta y siete en punto de la mañana. Un minuto después, la Máquina informará de su ausencia, si no se ha presentado, al Control Central de Empleo. Su retrato será publicado y le buscarán todas las patrullas de la Policía Social.

Daniel sonrió.

—Cuando se acabó la última guerra y se inició la Reconstrucción —por supuesto, ni siquiera mi abuelo había nacido todavía—, todo el mundo creyó que se iniciaba una nueva era, en la que los hombres serían más libres que nunca. Ni en las peores épocas de la Edad Oscura se conoció una esclavitud semejante.

—¿De qué se queja? —rezongó el guardia—. Le dará comida, ropa, alojamiento y una cantidad para sus gastos. Todas sus necesidades estarán cubiertas...

—Sí —suspiró el joven melancólicamente—, de la cuna a la sepultura. Oiga, amigo, me sé el disco de memoria. Bien, en casos como el presente, uno levanta la bandera blanca y obedece, ¡oh Poderosas Señoras!, a las Máquinas Analíticas. Adiós, esbirro.

Abandonó la factoría. En la puerta supo en seguida quién había abonado sus nueve meses de sueldo para ponerle en libertad.

CAPÍTULO IV

Perla Ohalla agitó su mano a través de la ventanilla del aeromóvil. Daniel, después de la primera sorpresa, se acercó al

vehículo.

—¿Por qué lo ha hecho? —le preguntó.

Perla presionó un botón y la portezuela se abrió.

—Entre —dijo.

Daniel se sentó al lado de la joven. Observó que Perla había variado su indumentaria. Ahora vestía un traje de una sola pieza, de un tejido esponjoso y color amarillo fuerte, que se ceñía como una segunda piel a todas las curvas de su cuerpo joven y arrogante. El peinado, sin embargo, seguía siendo el mismo.

Perla puso en marcha el vehículo, que se elevó de inmediato.

—Le necesito, Daniel —manifestó.

—No me gusta que haya pagado la multa por mí —contestó él.

—Déjese ahora de tonterías. En cierto modo, lo hice por egoísmo.

—¿Qué ocurre? —de pronto, Daniel creyó adivinarlo—. Se trata de J'Min.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Así es —confirmó.

—¿Ha vuelto por su casa?

—No. Quienes volvieron fueron los otros dos.

—¿Qué le dijeron?

—Me pidieron excusas por la forma tan grosera en que se comportaron conmigo… con nosotros, quiero decir. Luego me pidieron aquel tubo.

—¿Se lo dio usted?

—No, claro que no.

—¿Dónde lo tiene?

Perla abrió el bolso que pendía de su cinturón, como una escarcela.

—Ahí está. ¿Quiere que le diga que sirve para muchas cosas?

Daniel examinó el aparato con infinito cuidado, procurando no presionar las protuberancias del mango.

—Explíquese, se lo ruego —pidió.

—Hice pruebas durante muchos días —declaró Perla—. Es refrigerador, calentador, corta hierro, madera, desintegra los cuerpos… esto lo pudo ver usted mismo y, hasta sirve para transportarse uno mismo en el aire.

Daniel la miró boquiabierto.

—¡Esto es la lámpara de Aladino! —exclamó.

—¿Quién era Aladino? —preguntó Perla ingenuamente.

—Se lo diré en otra ocasión —sonrió Daniel—. Bien, siga contándome cosas de esos tipos.

—Hace ocho días que volvieron. Cuando negué la existencia del tubo, se marcharon sin más, muy corteses, aunque me dio la sensación de que terriblemente enojados por mi negativa.

—¿Qué más?

—Empecé a preocuparme. Se me ocurrió que, si se lo daba sin más, quizá intentasen guardar el secreto de una forma digamos contundente y definitiva.

—Matándola.

—Sí. Pero si me lo quedaba, como hice, ellos podrían volver, no convencidos de mi negativa. Están seguros de que yo lo tengo y harán todo lo posible por recuperarlo.

—¿Ésa es la razón por la cual ha abonado mi sueldo de nueve meses?

—Justamente. No sabía dónde encontrarle hasta que se me ocurrió que la Policía Social da muchas batidas en busca de vagabundos. Cabía la posibilidad de que usted hubiese sido detenido... y así ocurrió. Me informé, pregunté cómo podía sacarle... y eso es todo.

El aparato se deslizaba velozmente por el aire.

—No tengo mucho tiempo para ayudarla, Perla —dijo Daniel.

—¿Por qué?

—Dentro de siete días recibiré la notificación de mi nuevo empleo. Si no me presento, se dará la orden de busca y captura para encerrarme de nuevo, y esta vez por diez años.

El desaliento invadió a Perla.

—Yo contaba con tenerle a mi lado más tiempo.

Daniel se reclinó en el asiento.

—Usted dispone de dinero y no trabaja —dijo.

—Percibí un seguro de vida al fallecer mi esposo —contestó ella.

—Pero hasta las mujeres trabajan en algo.

—Yo no tenía ganas de encadenarme a una fábrica. Claro que no me atrae la vida del vagabundo como a usted, pero presenté una solicitud de excepción, basada en mi falta de concentración para el trabajo.

Perla sonrió alegremente.

—En ciertos casos, esa solicitud es admitida —añadió—. En las factorías quieren a gente que concentre todo su esfuerzo en el trabajo que realiza.

—Pero las Analizadoras pueden echar atrás su solicitud y el alegato de falta de concentración quedar denegado.

—No, cuando se ha sufrido la pérdida de un familiar muy allegado —contestó ella—. Oh, han querido regular tanto la vida de los humanos en la Reconstrucción, que es imposible moverse por esa selva de leyes sin encontrar alguna favorable. Usted encontrará también una ley que le exima de tomar un nuevo empleo, estoy segura de ello.

Daniel se quedó muy pensativo.

Perla tenía razón. A las Máquinas se las podía engañar.

¿No había fingido él ser peón no calificado, cuando lo cierto era que poseía un título superior? Lo había hecho, a fin de no tomar responsabilidades sobre sus hombros, no porque le asustase un cargo directivo, sino porque, egoístamente, deseaba la mayor tranquilidad posible.

La sedicente Reconstrucción estaba terminada. Todo el mundo tenía trabajo, comida, ropa, alojamiento, diversión y medios de transporte y comunicaciones.

¿A qué seguir, pues, manteniendo una serie de leyes que estaban adecuadas al catastrófico período de postguerra de cien años atrás?

Pero ahora había otro problema que le preocupaba mucho más que el de la política.

—¿No me dice nada? —preguntó Perla, rompiendo de pronto el silencio en que habían caído ambos.

—Sí. ¿Cómo cree que yo podré ayudarla?

—Más que ayudarme, necesito protección. Vivo sola, recuérdelo.

—Bien —admitió él—. Le debo reconocimiento por haberme ahorrado nueve meses de esclavitud. Haré lo que pueda, por supuesto, pero, dígame, ¿sigue creyendo que esos hombres procedían de otro planeta?

—¿Ha visto en el nuestro, en alguna ocasión, aparatos semejantes? ¿Cómo llegó J'Min? ¿Cómo se fue?

Daniel asintió.

Perla tenía razón. Era un misterio incomprensible.

Había pensado en ello más de una vez. Ahora se le ofrecía la ocasión de desentrañarlo.

Era un reto tentador. No podía rehuirlo.

Una hora más tarde, llegaban al valle. Daniel se encargó de guardar el aeromóvil en el cobertizo.

—Voy a preparar la comida —anunció ella.

Daniel contempló el panorama. Hinchó los pulmones, llenándoselos de aire fresco y perfumado.

«¡Al diablo el trabajo en una factoría!», pensó.

Después de comer, Perla le enseñó el manejo del aparato.

Era fantástico. En una ocasión, tras haber oprimido el botón correspondiente, Perla se elevó en el aire unos metros.

Agarraba el tubo con cuatro dedos. Con el pulgar manejaba los mandos, moviéndose en todas direcciones. Luego descendió lentamente y le dijo lo que tenía que hacer.

Daniel se elevó en el aire. Movióse en seis sentidos: adelante, atrás, a la derecha, a la izquierda, arriba y abajo, con distintas velocidades, según la presión ejercida en el mando correspondiente.

Luego quiso hacer una prueba.

—Déme la mano, Perla —pidió.

Perla quedó suspendida en el aire. Daniel notó que la joven no pesaba apenas.

Descendieron suavemente.

—¿Cómo funciona? —preguntó ella.

—Creo que anula el campo gravitatorio... lo anula o lo dirige, según los casos —respondió Daniel—. Pero no me pregunte más.

Perla le miró con fijeza.

—Usted es algo más que un simple peón —dijo.

—Sí, pero si hubiese podido declarar que era idiota congénito, lo habría dicho sin vacilar. Soy doctor ingeniero.

—Vaya, me deja usted de una pieza. ¿Y con ese título se dedicaba al vagabundeo?

—¿Qué era yo más que un peón? Tenía todo igual: comida, traje, diversión, un sueldo idéntico... una máquina estudió mi mente y decretó que yo podía ser doctor ingeniero. Otra máquina estudió por mí, inculcándome en el cerebro todos los conocimientos necesarios. ¿No le repugna a usted este absurdo grado de deshumanización a que hemos llegado, por glorificar a las

máquinas?

—Usted lo que es un anarquista —bromeó ella.

—Ya será algo menos —contestó él, muy serio—, Pero ya le dije mi opinión; no quería ser la palanca de carne y hueso de una máquina. Por eso me lancé a la vida errabunda. ¡Y disfruté de veras, créame! ¡Volví a ser hombre, me volví a encontrar a mí mismo! ¿Sabe lo que eso significa, después de haber sido sólo un número y un grupo de letras?

La mirada de Perla se perdió en la lejanía.

—Lo conozco en parte —dijo ensoñadoramente—. Quizá por eso me establecí en el valle.

—Celebro que piense igual que yo —sonrió Daniel.

Hubo un momento de silencio. Luego, Perla dijo:

—Ahora sólo falta esperar la llegada de los seres extraplanetarios, Daniel.

El joven contempló el extraño tubo que tenía en la mano.

—Vendrán —afirmó en tono convencido—. Sean quienes sean, no pueden permitir que unos extraños conserven en su poder algo que tanto les interesa recobrar.

En los siete días siguientes no apareció nadie.

La víspera del séptimo día, Daniel dijo:

—Mañana he de presentarme ante la Analizadora para que me asigne un nuevo empleo.

—¿No ha dado aún con la solución para prorrogar su estancia en mi casa? —preguntó ella.

—Veremos —contestó Daniel—. Hay dos... pero formularé las preguntas delante de la máquina.

CAPÍTULO V

A las 10’7, Daniel se sentaba frente a la Máquina. Tomó el micrófono, pronunció su nombre, dio sus cifras sociales y dijo:

—Me presento para recibir empleo. No obstante —agregó—, deseo solicitar una prórroga en mi actual estado de desempleo.

Unos engranajes crujieron levísimamente en el fondo de la Máquina. Segundos después y a través de un altoparlante, brotó una voz impersonal:

—Exponga sus alegatos, Daniel Borrow.

—Quiero casarme.

Perla estaba a su lado y protestó vivamente.

—¡Oh, no, eso no! —dijo.

La Máquina respondió:

—Se le conceden dos semanas de luna de miel. Pasado ese tiempo, deberá presentarse de nuevo.

—Necesito más tiempo —manifestó Daniel—. Meses, seis, ocho...

—¡Imposible! Su esfuerzo personal debe unirse al de la comunidad en la Reconstrucción —contestó la Máquina—. Si no es por causa de matrimonio u otra de excepcional interés, que será estudiada debidamente, no se puede conceder la prórroga de la licencia.

Daniel no se inmutó.

—Entonces, no serán seis ni ocho meses, sino nueve, los que tendrás que concederme —dijo con voz firme—. La ciudadana, señora Perla Ohalla, abonó el importe de los jornales que habría devengado durante nueve meses que me faltaban para cumplir la condena de un año a que fui condenado por vagabundeo. Por lo tanto, solicito la licencia durante ese tiempo.

La Máquina demoró su respuesta algunos segundos. Daniel sabía que sus circuitos analíticos estaban estudiando detenidamente la cuestión.

—No —respondió el artefacto al fin—. Es cierto que los jornales han sido abonados, pero el trabajo correspondiente, en beneficio de la comunidad, no se ha efectuado. Pasemos ahora a las pruebas de inteligencia y preparación para decidir el empleo que debe ocupar.

—¡Basta!—tronó el joven—. ¡Eres una Máquina, yo un humano! ¡Te ordeno que me obedezcas y grabes la ficha con los nueve meses de licencia! ¡Cumple mi orden!

Una serie de lucecitas de todos los colores se encendieron en la fachada de la Analizadora, que apenas era mayor que una puerta ordinaria. La Máquina, sin embargo, ocupaba una vasta extensión de terreno en las tres dimensiones.

Sonaron tinos leves crujidos. De pronto, se oyó un «click» y una tarjeta de color verde surgió por una ranura y cayó a una bandeja.

—Tu permiso para nueve meses —dijo la máquina.

Daniel recogió la tarjeta y se la metió en el bolsillo con una sonrisa de triunfo. Luego pegó unos golpecitos en el metal.

—Gracias, simpática —colgó el micrófono en el gancho correspondiente y se puso en pie.

—¿Vamos? —dijo a Perla, que aparecía como estupefacta.

—¡Cielos! Es la primera vez que veo una cosa semejante.

Daniel le guiñó un ojo alegremente.

—He empleado el tono del sargento veterano con el recluta recién llegado al cuartel —dijo—. La Máquina tenía que obedecer, no le quedaba otro remedio.

—Pero, si eso se hiciese público, sería... sería la anarquía pura —balbució la joven, atónita.

—Lo dejé para el final, como último recurso —contestó él—. Claro que no lo diré a nadie. ¿No somos humanos? ¡Pues que cada uno use su propia inteligencia, en lugar de dejar que un trasto mecánico decida por él!

Las entrevistas con la Máquina se realizaban a solas o bien acompañado el entrevistado de alguna persona de su confianza. Pero fuera de la habitación había un puesto de Control.

El hombre que estaba a cargo del mismo, pidió a Daniel su tarjeta con los resultados del examen.

—¡Oiga! ¿Qué ha hecho usted para conseguir nueve meses de licencia? —preguntó, lleno de asombro.

—Pedirlos —respondió Daniel con tranquilidad—. ¿Por qué no lo intenta usted, en lugar de permanecer sentado ahí como un pasmarote?

El funcionario meneó la cabeza. Registró la tarjeta, estampó un par de sellos sobre la misma con gran estruendo y la devolvió a su dueño.

—¡Ojalá supiera cómo conseguirlo!—suspiró.

—Pues espabílese, amigo —sonrió Daniel. Y se encaminó hacia la puerta, emparejado con la joven—. Bien, Perla —dijo—, ahora hemos de volver a su casa. Sólo falta esperar a...

Se cortó de pronto. Extendió el brazo y detuvo a la joven, que ya se disponía a salir fuera.

—Cuidado —dijo Daniel en voz baja—. Acabo de ver a uno de los tipos que intentaron hablar con J'Min. Mire allá, al otro lado de la calle, hacia su izquierda.

Perla hizo lo que le decían. Aunque la calle era bastante ancha, la figura del sujeto resultaba inconfundible.

—Sí, es él —murmuró—. ¡Sigámosle, Daniel!

—Acaba de adivinar usted mi pensamiento —contestó el joven.

Caminaron a lo largo de la acera, paralelamente al sujeto, quien andaba con toda tranquilidad, contemplando con aire indiferente el panorama urbano, como si estuviese dando un paseo. De pronto, al cabo de diez minutos, le vieron entrar en una casa.

La Reconstrucción había cambiado los módulos arquitectónicos. Las casas eran bajas y ya no existían aquellos impresionantes y antiestéticos rascacielos, que podían albergar a decenas de miles de personas. La ciudad ocupaba una vastísima extensión de terreno, precisamente porque las casas no rebasaban los dos pisos. La facilidad de medios de comunicación era notable y las largas distancias no representaban incomodidad alguna para los habitantes de la urbe.

—Bien —dijo Perla—, se ha metido ahí. ¿Qué hacemos?

Daniel vaciló unos segundos.

Había leído muchos libros. Merced a ello sabía de la existencia, en tiempos anteriores a la Reconstrucción, de establecimientos llamados bares y cafeterías. Ahora, esos lugares no existían.

Sólo había casas para vivir en ellas, locales en los que se expendían alimentos y otros donde se vendían ropas. Los elementos accesorios para la vivienda se adquirían en centrales designadas y abastecidas por el gobierno.

No podían quedarse a esperar por tiempo indefinido frente a la casa o corrían el riesgo de hacerse sospechosos a los ojos de algún policía perteneciente a las Patrullas Sociales.

—Vámonos —dijo Daniel de pronto, tomándola por el brazo—. Volveremos más tarde.

Regresaron al sitio donde Daniel había dejado estacionado el aeromóvil, subieron a él y se remontaron en el aire acto seguido.

—Volveré a la noche —dijo Daniel—. Las sombras favorecen ciertas acciones.

—Le acompañaré —dijo Perla.

—Usted se quedará en casa —decidió el joven—. Yo estaré de regreso antes del amanecer.

—Parece como si hubiera tomado usted el mando de las

operaciones —dijo ella en tono resentido.

—¿No me llamó para que le ayudara? En tal caso, déjeme libertad de acción.

—Está bien —contestó Perla, enfadada.

Como Daniel era el piloto, cruzó los brazos y ya no despegó los labios hasta que llegaron a la casa.

—Haré algo de comer —ofreció secamente.

—Es una magnífica idea —contestó Daniel.

A medianoche, Daniel estaba ante la puerta del edificio donde había visto desaparecer al sujeto.

No comprendía qué podían hacer unos hombres que no habían nacido en la Tierra, sino en un mundo situado Dios sabía dónde, mezclados con los habitantes del planeta. Pero la curiosidad le impulsaba a tratar de averiguarlo y por eso ahora se encontraba allí meditando sobre el mejor modo de penetrar en ella.

Las calles estaban desiertas, aunque brillantemente iluminadas. Las puertas de los edificios se veían cerradas.

A las diez de la noche, todo el mundo debía recogerse en sus domicilios. Había espectáculos televisados que sustituían a los teatros y diversiones de antaño, pero a las once cesaban rígidamente las emisiones. Dado que era preciso empezar a trabajar muy temprano, la gente no tenía otro remedio que acostarse también temprano.

—Una porquería de vida —masculló—. Hemos construido una Tierra infinitamente mejor que la que existía, pero ¿de qué nos ha servido? ¿Qué nos ha costado eso? La libertad, nada más y nada menos. ¡Un asco!

Tanteó la puerta con la mano. Estaba abierta.

Maravillado, se dijo que no era posible tener tanta suerte. Empujó la puerta y cruzó el umbral.

Cerró a sus espaldas. En aquel momento, algo duro y contundente cayó sobre su cráneo.

Mientras se desplomaba de bruces al suelo, pensó que de dónde diablos había sacado lo de tanta suerte. Luego se hizo todo oscuro.

Despertó bruscamente, cuando alguien le echó una jarra de agua a la cara. Sacudió la cabeza, tratando de dominar el zumbido que sentía en su interior.

Los dos individuos a quienes ya conocía, estaban frente a él.

Daniel se dio cuenta de que estaba sentado, con los brazos sólidamente atados en tomo al respaldo de una silla.

—Hola, amigos —silabeó—. Qué casualidad, volver a encontrarnos de nuevo, ¿eh?

Los rostros de los sujetos aparecían pétreos, inescrutables.

—No es casualidad —dijo el primero—. Le estábamos esperando.

—¡Qué noticia tan sorprendente! ¡Me dejan de piedra! —comentó Daniel con fingido buen humor.

—Basta de bromas —cortó el segundo—. Sabíamos que iba a venir.

—Ah, entonces fue por eso por lo que usted —señaló al primero— se paseó delante de nosotros cuando salíamos del Centro de Control de Empleos.

—Justamente.

—Está bien. Seamos corteses. Ustedes conocen mi nombre, ¿no es cierto? —dijo Daniel—. ¿Por qué no me dicen el suyo? Eso de hablar con una persona sin saber siquiera cómo se llama, no resulta muy agradable, que digamos.

—Yo me llamo Fry—10 —declaró el primero.

—Yo, Xar—6 —dijo el otro.

—Y no son terrestres —añadió el joven.

Fry—10 y Xar—6 se miraron un segundo.

—Dejemos este punto a un lado —dijo Fry—10—. Sólo queremos que nos diga usted una cosa. Si su respuesta resulta satisfactoria, le dejaremos en libertad en el acto.

—En caso contrario, le obligaremos a hablar —declaró Xar—6—. Tenemos medios para ello.

Daniel miró a los dos sujetos, uno tras otro.

—¿Tortura?

Fry—10 sacó un tubo idéntico al que ya conocía Daniel y le apuntó con el artefacto.

—Xar—6 perdió un aparato semejante —dijo en tono glacial—, ¿Dónde está?

CAPÍTULO VI

La boca del aparato apuntaba directamente a su rostro.

Daniel rompió a sudar en el acto.

—No sé de qué me están hablando —dijo.

Fry—10 hizo algo con el cacharro. Daniel notó en la cara un intenso calor.

—¿Lo tiene su esposa? —preguntó Xar—6.

Daniel volvió la cara a un lado.

—Ella no es mi esposa —declaró.

—¡Tonterías! Está tratando de evadir la respuesta —barbotó Fry—10.

—Ustedes me han dejado inconsciente —manifestó Daniel—. Supongo que lo primero que habrán hecho es leer mi documentación. ¿Dónde figura mi matrimonio?

—Eso no tiene nada que ver ahora con lo que discutimos —rezongó—. Sea o no su esposa esa chica, ¿Tiene el… el tubo?

—Si les dijera que sí, ¿qué harían ustedes? —preguntó Daniel.

—¡Conteste! —aulló Fry—10.

—Oiga, póngase a gritar más lejos —rezongó el joven de mal talante—. Me va a aturdir con sus berridos.

Fry—10 había bajado el tubo. Apuntó de nuevo sobre Daniel.

—O contesta o le abraso —amenazó.

—Si me tuesta, no recibirá ninguna respuesta,

—Iremos a casa de Perla Ohalla y la registraremos hasta los cimientos —aseguró Xar—6.

—Entonces es una tontería que me hayan hecho prisionero —dijo Daniel. Hizo una mueca—. Se ve que, a pesar de lo bien que quieren hacerlo, les falta práctica. No son de este mundo, no, señor.

Fry—10 lanzó un chorro de calor al rostro del joven. Era de temperatura más elevada que el anterior.

—¡Aparte ese chisme de ahí! —dijo Daniel—. Sí, lo tiene ella, pero está muy escondido y no podrán encontrarlo jamás.

—Usted nos dirá dónde lo guardó la joven —manifestó Xar—6.

—Ella sólo manifestó que lo había escondido, pero no quiso decirme el sitio.

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—Es la prueba que necesitábamos —dijo Fry—10.

—Ahora ya tenemos la seguridad de que está en poder de ella —agregó su compañero.

—Por lo tanto…

Fry—10 miró perversamente al joven. Daniel comprendió que el sujeto se disponía a dejarle sin cabeza.

Moviéndose de repente, se lanzó a un lado, cayendo al suelo con la silla. El haz luminoso rozó su hombro y abrió un tremendo boquete en la pared contigua.

Fry—10 lanzó un atroz juramento. Revolviéndose, trató de apuntar de nuevo hacia el joven.

En aquel momento, un garrote cayó sobre la mano de Fry—10, arrancándole el tubo, junto con un grito de dolor. Xar—6 se revolvió, justo a tiempo para recibir un estacazo en medio de la frente que lo derribó sin sentido.

—¡Bravo! — gritó Daniel.

Perla se movía con gran agilidad. Levantó de nuevo la estaca.

Fry—10 se desplomó como un buey apuntillado.

—En el bolsillo de atrás —indicó Daniel.

Perla se arrodilló a su lado y sacó un objeto alargado, cuya utilidad no comprendió en el primer momento.

De pronto, se oyeron unos gritos de pavor.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel.

—La descarga de ese hombre —respondió ella—. Ha perforado la pared y los vecinos de la casa contigua están chillando.

—¡Rayos! —juró Daniel—. Tenemos que largarnos cuanto antes. Presione ese resorte que hay en uno de los extremos. Tenga cuidado, Perla.

La joven obedeció. Se oyó un chasquido y una hoja de acero apareció de pronto.

—Córteme las ligaduras —pidió él.

Perla se arrodilló a su lado. Los gritos continuaban oyéndose a través del orificio.

Las ligaduras del joven saltaron. Daniel se puso en pie ágilmente.

—Vámonos de aquí —dijo. De pronto, reparó en un objeto brillante caído en el suelo—. Ya tenemos dos —dijo, recogiendo el tubo que había pertenecido a Fry—10.

En aquel momento, asomó un rostro humano por el agujero abierto en la pared. Daniel soltó un bufido.

—¡Métase en su casa! —tronó.

El hombre retrocedió asustadísimo. Daniel agarró el brazo de la muchacha y los dos juntos se lanzaron hacia la escalera.

Cuando llegaban a la calle, vieron un vehículo que se acercaba a la casa.

—¡La policía! —exclamó Perla, aterrada.

—¡Espere un instante! —dijo él.

El aeromóvil descendía velozmente sobre ellos. Daniel esperó unos segundos y cuando el vehículo estaba a punto de tocar el suelo, le disparó un dardo a su base. El aeromóvil se desplomó con gran estruendo y se incendió en el acto. Los dos policías, abrieron las portezuelas y escaparon a todo correr para huir de las llamas.

—¡El coche, Perla! —gritó Daniel.

—¡No lo he traído! —contestó ella—. ¿Es que ya no recuerda que la circulación aérea está prohibida por la noche? Utilicé el campo antigravitatorio del tubo.

—Es verdad —reconoció él.

A continuación manipuló en el mando correspondiente y se elevó en el acto.

Perla se le unió medio segundo más tarde. La ciudad se hundió velozmente bajo sus pies.

Los policías tenían armas, pero el asombro que les produjo la insólita acción de la pareja, les dejó sin ánimos para atacarles.

En contados segundos, Daniel y Perla se perdieron en las tinieblas.

* * *

—Bueno —dijo Daniel, una vez llegados a la casa—. Estamos como al principio.

—Excepto que contamos con dos tubos, en lugar de uno —manifestó la joven.

Daniel examinó los artefactos una vez más. No acababa de comprender cómo funcionaban ni de dónde recibían la energía que les proporcionaba tan raras virtudes.

Perla trajo café. Daniel seguía embobado, contemplando los tubos.

—Esto no se ha hecho en la Tierra — dijo, tomando la taza de café que le ofrecía la joven.

—Por eso quiero averiguar su procedencia —dijo Perla, tomando asiento frente a él.

Daniel la miró fijamente.

—Me gustaría saber si es cierto lo de su viudez —murmuró.

El esbelto pecho de la joven se agitó de modo perceptible.

—Es cierto. Estuve casada... pero eso no tiene que ver ahora con lo que estamos hablando —contestó —. ¿Por qué lo dice?

—Por la sencilla razón de que no acabo de creer que usted se haya lanzado a la investigación por sí sola.

—¿Supone, acaso, que soy un agente secreto del gobierno?

—Es lo que más se aproxima a la verdad, Perla.

Ella desvió la mirada.

—Se ha hecho tarde —dijo, visiblemente conturbada—. Con su permiso, me voy a dormir.

Y se marchó.

Daniel quedó allí, tomando una taza de café, con una ligera sonrisa en los labios.

Luego, buscó un sillón cómodo, dejó las luces con un mínimo de resplandor, colocó uno de los tubos al alcance de la mano y estiró las piernas con gesto voluptuoso.

Pocos minutos más tarde, dormía profundamente.

Despertó cuando ya amanecía, pero no por propia voluntad, sino porque sintió la presencia de una persona extraña en el salón.

Abrió los ojos. Había un hombre frente a él.

Por un momento, llegó a pensar que era J'Min. En seguida vio que era otro tipo distinto, aunque también fuerte y robusto.

—Hola —sonrió el recién llegado—. Me llamo Morgan.

—Soy Daniel Borrow —contestó el joven, poniéndose en pie—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí —dijo Morgan—. Déme ese tubo, por favor.

—¿Por qué me lo pide?

—Vengo en nombre de J'Min —dijo el sujeto.

Daniel se lo entregó sin más.

—Es usted muy amable, señor Borrow —elogió Morgan.

—Siendo amigo de J'Min, es para mí un gran placer atender sus deseos —sonrió el joven.

—Muy amable —repitió Morgan—. Gracias y adiós.

—Adiós.

Morgan giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, que cerró en el acto. Entonces, Daniel corrió hacia la ventana y miró hacia el prado.

Había en él un aeromóvil. Morgan caminó tranquilamente, se metió en el aparato y cerró la portezuela.

El aeromóvil se elevó de inmediato. Entonces, Daniel corrió al sillón y sacó el otro tubo de debajo del acolchado.

Se dirigió a la puerta a la carrera. El aeromóvil no era más que un puntito brillante que se dirigía hacia el sudoeste.

Se elevó en el aire y se lanzó en persecución de Morgan.

No quiso utilizar el vehículo de Perla. Estaba seguro de que Morgan miraría hacia atrás con frecuencia o tendría conectados los detectores. Un aeromóvil podía ser descubierto inmediatamente, pero nadie se fijaría en un hombre que, además, por su tamaño y la distancia que había entre él y Morgan, no podía ser visto.

En cambio, él podía ver al aeromóvil todo el tiempo.

Siguió al vehículo durante casi dos horas. Al cabo de ese tiempo, el aparato descendió, para introducirse por un profundo cañón situado entre unas montañas áridas, de orografía atormentada.

Descendió un poco, situado en la vertical del aparato. Estaba seguro de que no mirarían hacia arriba.

A unos trescientos metros, vio penetrar al aeromóvil en lo que parecía ser una cueva excavada en el flanco de la montaña. Luego, un enorme lienzo de roca se movió y cubrió el hueco.

Daniel silbó tenuemente.

—Vaya un escondite —murmuró a media voz.

Perdió altura con suavidad, hasta situarse junto a la abertura tapiada. La roca que la cubría, semejante a una losa de forma irregular y de varios metros de grosor, debía de pesar centenares de toneladas.

—Emplearán aparatos de mayor potencia —se dijo.

El lugar era solitario. Nadie sospecharía siquiera que allí, bajo la montaña, se escondían unos seres de otro planeta.

Pero ¿qué hacían en la Tierra? ¿Cuáles eran sus propósitos?

J'Min y el llamado Morgan no eran terrestres. Fry—10 y Xar—6 tampoco lo eran.

¿Existía alguna rivalidad entre ellos?

Se le ocurrió la idea de que no venían de uno, sino de dos

planetas antagonistas. Viejas historias afluyeron a su mente.

Primero, los exploradores para estudiar las condiciones de vida de la Tierra. Después, la invasión.

Salvo por determinados aspectos, ahora se vivía muy bien en la Tierra.

La Reconstrucción había sido iniciada por apenas medio centenar de millones de supervivientes de la última y devastadora guerra, que había consumido miles de millones de vidas humanas.

Ahora debían ser un par de cientos de millones. Sobraba espacio para todos.

Y también para los extraterrestres.

Se preguntó si solicitarían permiso para instalarse en el planeta o si lo tomarían por la fuerza.

—Bueno, ya lo averiguaremos —dijo.

Presionó el botón correspondiente y se elevó en el aire.

Dos horas después, estaba de nuevo en casa de Perla.

La joven le acogió en un estado lindante con el histerismo.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó ansiosamente—. Ha faltado de casa toda la mañana. Estaba inquieta por usted…

—¿De veras? —sonrió Daniel—. ¿Ha dicho por mí?

Perla se sonrojó vivamente.

—¡Déjese de bromas! Cuénteme lo que ha estado haciendo; es lo más interesante.

Daniel se golpeó el estómago.

—En estos momentos —dijo—, lo más interesante para mí es acallar los gritos de protesta de mi motor. ¿Hay comida?

Perla soltó un bufido.

—Se la prepararé en un instante. ¡Y pobre de usted si no contesta con claridad a todas mis preguntas!

—¡Qué miedo! —rió Daniel en tono burlón.

CAPÍTULO VII

Perla se sentó frente a él. Estaba ansiosa por recibir noticias.

—¿Conoce usted a un tal Morgan? —preguntó Daniel.

—No, que yo recuerde. ¿Quién es?

—Amigo de J’Min. Estuvo aquí antes de amanecer.

—¿Por qué no me despertó?

—La visita duró un minuto escaso. Después, se marchó.

—¿Adonde?

—Tengo que mirar un mapa. No conozco el lugar.

—Se lo traeré en seguida... Oiga, ¿a qué vino Morgan?

—Quería el tubo. Se lo di.

—¿Que...? Oh, pero ¿es usted tonto? —exclamó Perla, terriblemente enojada.

—No. Porque soy listo, le entregué el tubo. Pero no le dije que tenía la pareja. ¿No me comprende?

—Y le siguió entonces —dijo ella.

—Sí. Sé dónde se esconden él y J'Min. Posiblemente, no están solos.

Perla se sintió muy interesada por las palabras del joven.

—¿De veras encontró el escondite?

—Claro. ¿No se lo estoy diciendo? Oiga, ¿qué tal sus relaciones con el gobierno?

—¿El gobierno? —repitió Perla, extrañada—. Ah, sí, comprendo. Muy buenas, por supuesto.

—Me alegro. ¿Le gustaría hacer una excursión nocturna al escondite de esa pareja?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que he de hacer?

—Procurarse dos cascos con proyectores de infrarrojos y los anteojos correspondientes.

—¿Para qué?

—Para ver en la oscuridad, naturalmente.

Perla se mordió los labios.

—¿Me promete no moverse de casa mientras yo estoy ausente?

—Le firmaré un papel, si me lo pide.

—No será necesario —respondió ella con aspereza—. Volveré antes del anochecer.

Perla sacó el aeromóvil del cobertizo. Instantes después, volaba hacia la ciudad.

Daniel no tenía nada que hacer hasta su regreso.

Había pasado la noche en un sillón y se había despertado demasiado temprano. Buscó un lecho, se acostó y se durmió casi en el acto, aunque sin abandonar el tubo.

Estuvo durmiendo un tiempo cuya duración no pudo precisar. El

ruido de unas voces que sonaban en el salón le despertó a media tarde.

En el primer momento creyó que se trataba de Perla. Pronto salió de su error.

—Aquí no hay nadie, Bry—11 —dijo uno de los intrusos.

—Todavía quedan algunas habitaciones más, Xir—2 —contestó el otro—. Examinémoslas.

Daniel obró con fulminante rapidez. Sin hacer el menor ruido, se tiró del lecho y corrió hacia la ventana, que había dejado abierta de par en par.

Saltó al otro lado y se agazapó bajo el alféizar.

—Este dormitorio está vacío —sonó una voz.

—Vamos al contiguo — dijo el compañero del anterior.

Daniel miró en torno suyo. Parado en el prado, a veinte metros del jardín, había un aeromóvil.

Tomar la decisión y ponerla en práctica todo fue uno. Los treinta metros fueron cubiertos en diez segundos, habida cuenta de que tuvo que sortear los obstáculos naturales del jardín.

Bry—11 y Xir—2 regresaron al vehículo.

—Tenemos que ponernos en contacto con la Central —dijo el primero.

—Se extrañarán de la ausencia de la pareja —añadió Xir—2.

—Más se extrañarán de la falta de los dos tubos. ¿Dónde demonios los habrán metido?

—Alguno va a pagar caro su descuido —dijo Bry—11.

—Si no lo ha pagado ya —añadió su compañero.

Entraron en el vehículo. Inmediatamente, levantaron los brazos.

—Lo siento, amiguitos —dijo Daniel, sonriente—. Antes de realizar una operación, cualquiera que sea, es conveniente tener bien cubiertas las espaldas. Es un principio elemental de estrategia que ustedes han descuidado de modo lamentable.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Xir—2, en tono hosco.

—En primer lugar, que se vuelvan de espaldas. ¡Los dos! —añadió en tono perentorio.

Bry—11 se mordió los labios. Luego dijo:

—Obedezcamos, Xir—2.

—Así me gusta. La sensatez es la madre de todas las virtudes —exclamó el joven alegremente.

Acto seguido, de sendos golpes detrás de la oreja, derribó sin sentido a los dos sujetos.

Los registró a continuación. Hizo una mueca de desagrado.

—Su jefe se ha vuelto muy prevenido. No les deja ya viajar con los tubos mágicos encima.

Puesto que no tenía prisa, se sentó en uno de los cómodos sillones del aparato que, calculó era capaz incluso de volar por el espacio, dada su amplitud y la abundancia de accesorios que se divisaban a simple vista. Había que esperar a que los desconocidos recobrasen el sentido.

Pasaron algunos minutos. De pronto, se oyó un seco zumbido.

Daniel miró en torno suyo. No tardó en descubrir el origen del sonido.

Movió una palanquita situada en el cuadro de mandos. Una pequeña pantalla de televisión se iluminó en el acto.

—Habla Dir—01 —dijo una voz ronca, de timbre áspero y enérgico—. Estoy esperando vuestro informe.

Daniel procuró situarse frente al objetivo captor de imágenes.

Miró al hombre que aparecía en la pantalla, un sujeto de unos cuarenta años de edad, de cejas espesas como cepillos y ojos penetrantes. El rostro de Dir—01 parecía petrificado por la sorpresa.

—Lo siento, viejo —exclamó Daniel—. Bry—11 y Xir—2 están durmiendo el sueño de los justos. Oh, despertarán en seguida, no se preocupe. Pero, mientras tanto, ¿no le agradaría recibir informes de primera mano? Gratuitos, por supuesto.

La cara de Dir—01 se inflamó por la cólera.

—Ustedes tienen unos objetos que no les pertenecen —bramó—. Entréguenlos o... o...

—O nos harán pupa, ¿no? —rió Daniel—. Bien, amigo; lo siento, pero voy a tener que defraudar sus más caras esperanzas. Mire por dónde, esa chica tan linda y yo nos hemos enamorado de los tubitos y no queremos soltarlos.

—Está bien —dijo Dir—01, mordiendo las palabras—. Cuando se me presenta un obstáculo en mi camino, lo aparto como sea. ¡En el acto! —terminó con un poderoso bramido.

Daniel se preguntó qué pensaba hacer el sujeto. Antes de obtener una respuesta, le vio sacar un tubo análogo a los que ya

conocía y apuntar directamente con él al objetivo.

El instinto le hizo echarse a un lado, medio segundo antes de que una luz intensísima ocultase la imagen de Dir—01. En el mismo momento, se produjo un tremendo estallido.

La pantalla voló en mil pedazos. Un violento relámpago irrumpió en la cabina, despidiendo un calor intensísimo.

El techo del vehículo resultó perforado por la descarga. Gotas de metal fundido cayeron al suelo.

Daniel se quedó estupefacto.

¡Era increíble! El aparato podía lanzar sus descargas a través de las ondas de la televisión.

Se puso en pie, sudando copiosamente. Por una fracción de segundo no había resultado abrasado.

Los dos esbirros empezaron a moverse. Daniel les contempló con atención.

Al cabo de unos segundos, salió del aparato. La noche empezaba a caer y no podía perder tiempo en interrogatorios. Entendía que era más urgente averiguar lo que había al otro lado del muro rocoso del cañón.

Por otra parte, se daba cuenta de que tanto Bry—11 como Xir—2 eran hombres duros. Y, aparte de que sabrían resistir, el recuerdo de lo que les había pasado a sus compañeros, les haría ser aún más resistentes.

El aeromóvil partió a los pocos segundos. Daniel se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—Será preciso abandonar esta casa —se dijo—.Y será esta misma noche, apenas hayamos estado en el cañón.

Perla llegó treinta minutos más tarde, con las primeras estrellas.

—Ya tengo lo que deseaba —le informó.

—Muy bien —sonrió el joven—. Partiremos inmediatamente. ¿Sabe que he tenido visita?

—¿Quién? —preguntó ella, sorprendida.

Daniel le relató lo ocurrido. Luego añadió:

—No entiendo por qué usan esos nombres tan raros. Si son seres extraterrestres, deberían emplear nombres comunes y vulgares, ¿no cree?

—Si —manifestó ella pensativamente—. Pero esa nomenclatura obedece, creo, a un orden preconcebido, como una especie de

identificación instantánea.

—Vamos, algo así como un número de visófono.

—Justamente. —ella le miró a los ojos—. ¿No se le ocurre qué significan las letras y las cifras del jefe?

—No, en absoluto.

—DIRector Primero —dijo Perla, recalcando las palabras—. El cero a la izquierda subraya más todavía la importancia de su cargo.

—Tiene usted razón —admitió él. Y repitió—: Director Primero... No, Director Supremo Primero o algo por el estilo.

—Es lo mismo. ¿Cuándo partimos? —preguntó Perla, impaciente.

—Ahora mismo, en cuanto nos hayamos puesto los cascos.

—Están en el aeromóvil —indicó ella.

—Pero no iremos en el aeromóvil, por supuesto. Tiene la suficiente masa metálica como para ser detectado con toda facilidad.

Perla asintió. Daniel fue hacia el vehículo y regresó a poco con dos cajas en la mano. Cada una de ellas contenía un casco, con proyector de rayos infrarrojos, la batería correspondiente y los anteojos para poder ver en las tinieblas.

Se ajustaron los cascos y los anteojos. Daniel presionó el interruptor del suyo y luego apagó las luces de la estancia.

Los anteojos le proporcionaban una visión perfecta, aunque, naturalmente, en el ámbito ocupado por el haz de rayos infrarrojos del proyector. Sin embargo, bastaba mover la cabeza un poco a derecha e izquierda, para ampliar el campo de visión.

Salieron de la casa. Daniel tomó la mano de la joven y alzó la derecha, con la que sostenía el misterioso tubo.

Presionó el interruptor correspondiente y se elevaron en el aire. Daniel orientó el aparato hacia el rumbo que había tomado aquella tarde el aeromóvil de Morgan.

Antes de que hubieran transcurrido dos horas, se hallaban frente a la entrada oculta del misterioso refugio que Daniel había descubierto aquella misma tarde.

CAPÍTULO VIII

Perla habló en voz baja.

—¿Cómo lograremos pasar al otro lado? —preguntó.

Habían examinado a conciencia el lienzo de roca que cubría la entrada a la cueva. Los intersticios que había a los lados y por la parte superior apenas hubieran permitido el paso de una pequeña serpiente.

—Bueno —dijo él—, para algo tenemos esta especie de lámpara de Aladino. Venga aquí.

Se separaron unos metros de la roca. Daniel apuntó con el tubo a un punto situado a un metro del suelo.

Durante unos segundos, no ocurrió nada. Luego, un trozo de roca de forma circular y de unos sesenta centímetros de diámetro se puso al rojo vivo.

Daniel mantuvo el tubo enfocado hacia aquel sitio. La roca se fundió y empezó a correr en menudos arroyuelos por el suelo, despidiendo un calor insoportable.

—Desconecte el haz proyector de infrarrojos, Perla —aconsejó pasado un minuto—. Use sólo las gafas.

Él también hizo lo mismo. El haz de rayos emitido por el tubo no podía contemplarse durante mucho tiempo a ojo desnudo sin sufrir graves daños en la retina. Las gafas oscuras del equipo de infrarrojos atenuaban de manera considerable aquel resplandor.

Pasaron algunos minutos. Daniel suspendió las descargas.

Conectó de nuevo el proyector de infrarrojos y examinó el orificio practicado.

—Todavía no hemos llegado al otro lado —dijo.

Y continuó la perforación.

Un cuarto de hora después, examinó el resultado de su trabajo. Pudo distinguir un negro hueco al otro lado de la roca.

—La piedra está muy caliente —dijo Perla.

—Bien, creo que este trasto sirve para otras cosas, entre ellas la refrigeración.

Presionó un botón distinto y empezó a mover suavemente el aparato, en dirección al orificio. A los pocos momentos vio que se formaba una tenue capa de escarcha en la entrada.

Pasados unos minutos, cesó de presionar el mando de refrigeración. Acto seguido dijo a la joven.

—Podemos entrar ya, aunque tendremos que arrastrarnos.

—Adelante —indicó ella sin vacilar.

Daniel inclinó el cuerpo y se metió por el tubo, reptando con codos y rodillas. Tuvo que atravesar tres metros largos de roca, antes de encontrarse en una caverna de bastante amplitud.

Había dos aeromóviles bajo la bóveda. A la derecha, junto a la pared, divisó un pequeño cuadro de mandos.

—Éste debe ser el control de la entrada —murmuró en voz baja.

Perla movió la cabeza afirmativamente.

—Sigamos —dijo.

Caminaron con suma cautela, pegados a uno de los muros, durante cincuenta metros. La caverna se ensanchó de manera notable a partir de aquel punto.

Los infrarrojos les permitieron ver una serie de aparatos de extraña conformación, cuya utilidad no comprendieron por el momento. Pero no había nadie bajo las bóvedas.

—¡Qué raro! —comentó el joven—. ¿Por qué ha de estar desierto este lugar?

Uno de los aparatos era un detector, posiblemente de radar, pensó Daniel al ver la pantalla correspondiente. También había unas cuantas pantallas de televisión, cuyos objetivos debían hallarse al exterior.

Al fondo se escuchaba un tenue zumbido. Daniel descubrió pronto que era un generador de energía.

Sobre una larga mesa de trabajo divisó varios tubos análogos al que tenía en la mano. Todos ellos, sin embargo, aparecían incompletos.

—Estaban construyendo más cacharros como éste —dijo, señalando el que tenía en la mano.

—Ésta debe ser la fábrica donde los construyen —apuntó Perla.

Daniel reflexionó. Dir—01 había intentado desesperadamente recobrar los tubos que sus sicarios habían perdido.

—No —dijo al cabo—. Más bien creo que J'Min y el llamado Morgan los están reproduciendo, a base de los conocimientos que tenían sobre los mismos y del que le entregué yo por la tarde.

—Es posible —manifestó ella—. Pero ¿por qué se pelean? ¿Qué origina el antagonismo entre los dos bandos?

—Usted, que es un agente del gobierno, debe saberlo mejor que yo, ¿no cree?

Perla le dirigió una penetrante mirada.

—No lo soy ni lo he sido nunca, aunque en estos momentos actúe como tal —replicó.

Daniel sonrió.

—Eso me dice que usted posee poderosas influencias con los de… «allá arriba».

—Quizá —dijo ella, sin comprometerse a nada.

—Bien —suspiró Daniel—, aquí no hay ya nada más que ver. Debemos irnos y…

En aquel momento sonó un zumbido.

El ruido se oía a pocos pasos de ellos. Daniel cortó el proyector de infrarrojos y levantó las gafas.

Una lámpara roja brillaba con rápidas intermitencias. Daniel corrió hacia aquel punto y examinó la pantalla del radar.

—Alguien viene —dijo.

Perla le agarró del brazo.

—Marchémonos —pidió.

—¿No vinimos a ver quién había aquí? —exclamó Daniel—. Nos quedaremos.

Miró en todas direcciones. Cogió la mano de la joven y tiró de ella.

—Venga conmigo.

Se escondieron detrás de un gran aparato de forma oblonga, situado muy cerca de la pared. Con ayuda de los infrarrojos, podían ver perfectamente cuanto tenían frente a sus pupilas.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Daniel notó una anormal elevación de la temperatura.

—Los que vienen no son los dueños de la caverna —dijo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Están empleando la misma llave que nosotros. ¿No se da cuenta del calor que hace?

Perla asintió en silencio. Esperaron, con los nervios en tensión.

Los intrusos se hicieron esperar bastante. Al cabo de un rato, vieron entrar a tres sujetos, por un túnel de diámetro doble al que ellos habían practicado.

Sonó una voz agria.

—Busquen el interruptor de la luz.

Daniel desconectó el proyector de infrarrojos. Segundos después,

un vivo resplandor iluminaba la caverna.

Perla se pegó a él instintivamente. Los tres hombres cayeron a poco dentro de su campo visual.

Daniel reconoció a dos de ellos. Eran Bry—11 y Xir—2. El tercero le resultó desconocido.

Sin embargo, parecía ser el jefe de los otros dos. Sonriendo torvamente, señaló hacia los instrumentos y aparatos que había en el fondo de la caverna.

—Bien, ya hemos encontrado su escondite. Destrúyanlo todo.

Bry—11 y Xir—2, cada uno de ellos con su correspondiente tubo en las manos, avanzaron hacia una gran mesa repleta de instrumentos y herramientas de todas clases.

—Vamos, de prisa —dijo el jefe.

Entonces, Daniel salió de su escondite y se presentó a la vista del trío.

—¡Quietos! —ordenó.

Hubo un gesto unánime de asombro en los recién llegados. Daniel apuntó con su tubo al jefe, quien tenía las manos vacías.

—Un solo movimiento y le mataré —amenazó—. Dejen caer sus tubos al suelo.

Bry—11 y Xir—2 parecían de piedra. El jefe empezó a sudar.

—Hagan lo que les ordena ese hombre —dijo con voz en la que se reflejaba un pánico espantoso—. Suelten los tubos, muchachos.

Los tubos cayeron al suelo. Daniel movió la mano izquierda.

—Retrocedan cinco pasos —ordenó.

Bry—11 y Xir—2 obedecieron.

—Perla, recoja esos tubos. Apártese a un lado en seguida.

La joven cumplió en el acto lo que le decían. Daniel sonrió, mientras se acercaba al jefe.

—Su nombre, por favor.

El individuo le dirigió una mirada de odio.

—Es usted un maldito entrometido…

—¡Su nombre! —pidió Daniel con aspereza.

—Dir—2 —contestó el sujeto.

—Gracias. Me imagino que debe tratarse de un seudónimo, pero eso no importa ahora. En la escala de mandos, ¿qué lugar ocupa usted, después de Dir—01?

—Eso no le interesa…

Daniel levantó la mano y puso la boca del tubo a un metro de la cara del sujeto.

—¡Responda!

—Soy... soy el tercero —declaró Dir—2, devorado por la rabia.

—Y el primero, quiero decir Dir—01, ¿dónde está?

—Lo siento...

—¿Dónde está?

Dir—2 hinchó el pecho.

—Puede matarme, pero no se lo diré.

—Una mal entendida lealtad, por lo que veo —dijo Daniel cortésmente—, pero que podría costarle la vida. ¿De qué planeta han llegado ustedes?

Dir—2 puso cara de asombro.

—¿Planeta? —repitió.

—Sí, eso mismo es lo que he dicho —insistió Daniel.

—Pues...

Dir—2 vaciló. De repente, Daniel percibió un movimiento sospechoso con el rabillo del ojo.

Xir—2 se le arrojó encima, despreciando el posible peligro que suponía el mortífero tubo. Cogido por sorpresa, Daniel apenas si tuvo tiempo de apartarse a un lado.

Extendió la pierna. Xir—2 cayó cuan largo era.

Pero inmediatamente, Daniel tuvo que hacer frente al ataque de Bry—11. Éste fue más afortunado que su compañero y pegó con su frente en el pecho del joven.

—¡Matadlos! —aulló Dir—2 en tono iracundo.

Daniel cayó al suelo, sintiendo los pulmones vacíos de aire. El tubo se le escapó de unos dedos repentinamente sin fuerzas.

Perla gritó. De pronto, se acordó que tenía en las manos dos de aquellos aparatos.

Enfocó uno hacia Bry—11. El pie del sujeto se levantaba en aquel momento sobre el rostro del inerme Daniel.

Un vivísimo destello de luz cruzó el espacio. Bry—11 se puso rígido un instante.

Cayó al suelo un segundo después, con un horrendo orificio en mitad del cuerpo. Ni siquiera había tenido tiempo de gritar.

—¡No se muevan! —gritó Perla, furiosa.

La orden surtió efecto en Xir—2. Pero no así en Dir —2, quien se

lanzaba a todo correr hacia la salida.

—Envíele un chorro de frío —gritó Daniel, haciendo un esfuerzo —. Le necesitamos vivo.

Perla presionó el mando correspondiente. Una nube de vapor blanquecino se elevó en tomo al cuerpo de Dir—2.

El hombre se lamentó desesperadamente. Corrió unos pasos más y, de repente, cayó al suelo de bruces, quedándose inmóvil.

Daniel consiguió recobrarse. Poniéndose en pie, se acercó a Xir —2 y le asestó un formidable derechazo en la mandíbula, tumbándole en el acto sin sentido.

Luego corrió hacia Dir—2 y se arrodilló a su lado. Perla le siguió de inmediato.

Daniel agitó al individuo. Dir—2 no reaccionó.

—Está terriblemente frío —dijo el joven.

Perla le puso la mano bajo la oreja. Miró al joven con aire consternado.

—Ha muerto —declaró.

—¿Cómo ha podido ocurrir una cosa semejante? —preguntó él, atónito.

—Temo haber bajado demasiado la temperatura —confesó la joven—. No estoy muy práctica en el manejo de estos instrumentos y... Posiblemente se le paró el corazón.

Daniel se puso en pie, moviendo la cabeza con aire de disgusto.

—Lo siento —dijo—. Pero él nos hubiera matado muy a gusto.

Y luego volvió la vista hacia los dos cuerpos que yacían en el extremo opuesto.

—Al menos —agregó—, nos queda uno con vida. Y este hablará, ya lo creo que hablará —afirmó en tono rotundo.

CAPÍTULO IX

Unos cuantos bofetones y un par de sacudidas hicieron que Xir—2 recobrase el conocimiento. El hombre se sentó en el suelo, completamente aturdido.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó con voz temblona.

—Dir—2 ha muerto y Bry—11 también —le informó Daniel con sequedad—. Supongo que tú no querrás correr su misma suerte,

¿verdad?

Bry—11 le miró con notoria aprensión.

—¿Qué... qué es lo que quiere de mi? —preguntó.

—Supongo que preguntarte por el planeta de tu origen no nos va a servir de nada —dijo Daniel—. Tanto me da que sea Júpiter como que esté a mil millones de años luz de distancia. En cambio, sí me interesa que me digas dónde se guarece la fiera..., quiero decir Dir—01.

—No lo sé —respondió Bry—11 de inmediato.

—¡Vaya! —resopló el joven—. ¿Estás seguro?

Bry—11 movió, la cabeza.

—Puede matarme si quiere, pero no por ello conseguirá que se lo diga. Sencillamente, lo ignoro.

—Entonces ¿cómo obedecéis sus órdenes?

—Por medio de los directores segundos.

—¿Directores segundos? —repitió Daniel, atónito.

—Sí. Dir—01 es el jefe supremo...

—El Superdirector, vamos.

—Así es. Y él tiene un círculo de Directores segundos, numerados del uno al veinte. Éstos son quienes reciben sus órdenes directas y nos las transmiten a nosotros, los miembros del tercer círculo.

—Los soldados, como si dijéramos.

—Exacto —admitió Bry—11.

—Supongo —dijo Daniel con gesto pensativo—, que esas cifras no son vuestros nombres verdaderos, sino una especie de numeración a efectos de identidad dentro de los círculos respectivos, ¿no es así?

—Desde luego. Yo me llamo Ty Looth.

—¿A cuántos directores segundos más conoces?

—Sólo a uno, al número siete.

—¿Sabes dónde vive?

—Calle seiscientos, dos mil trescientos diecisiete. Su nombre auténtico es Werrell, Gus Werrell.

—Bueno, algo es algo —convino el joven—. Ahora, dime cuál es vuestro objetivo.

—Se reiría si se lo dijera —masculló Bry—11 de mala gana.

—No estoy de humor para bromas, después de que sigo con vida

por los pelos —rezongó el joven—. Habla.

—Dir—01 quiere apoderarse del gobierno.

—Y vosotros le ayudabais con la esperanza de una buena recompensa, ¿no es así?

Bry—11 movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Bueno —dijo Daniel—, pensando en nuestro actual sistema de gobierno, hasta se os podría mirar casi con simpatía, si no fuera porque, estoy seguro de ello, Dir—01 quiere implantar un régimen aún más despótico. Y por ahí sí que no paso. De modo que no sabes quién es ni dónde vive Dir—01.

—Sólo le conozco por los contactos televisuales que hemos tenido. Pero ignoro su verdadera identidad y su domicilio.

—Bueno, Dir—7 nos lo dirá, no te preocupes.

Daniel se volvió hacia la joven, que había asistido silenciosamente al interrogatorio.

—Parece sincero —comentó.

—Lo mismo creo yo —dijo Perla.

—Entonces —resolvió Daniel—, creo que lo mejor que podríamos hacer es marcharnos.

—¿Qué hacemos con Bry—11? —preguntó la joven.

Daniel se volvió hacia el sujeto.

—¿Qué medio de transporte empleáis para venir aquí? —preguntó.

—Los tubos. Un aeromóvil habría sido detectado.

—¡Pero el detector funcionó cuando os acercasteis! —exclamó el joven, asombrado.

Bry—11 se encogió de hombros.

—Yo no sé más de lo que le he dicho —manifestó con indiferencia.

Daniel reflexionó unos segundos. De súbito, giró sobre sus talones y se lanzó a la carrera hacia la salida de la caverna.

El túnel que habían practicado los intrusos era muchísimo mayor que el suyo, lo cual le permitió salir afuera en contados segundos. En el mismo instante, vio que un aeromóvil se elevaba en las alturas y desaparecía raudamente de su campo de visión, incluso con ayuda de los infrarrojos.

Regresó a la cueva. Perla le acogió con manifiesta ansiedad.

—¿Qué era, Daniel? —preguntó.

—Alguien les siguió —respondió el joven, desalentado—. Con toda seguridad, Dir—01. Seguramente, vino a cerciorarse de que sus órdenes eran cumplidas, aunque no les dijo que volaba tras ellos. Esto fue lo que influyó sobre el detector.

—Y ahora se ha escapado.

—Sí. Hubiera sido una tontería tratar de seguirle; lo hice con Morgan, porque su velocidad apenas superó los cien kilómetros a la hora. En cambio, Dir—01, si era él, o aunque se tratase de un hombre de su confianza, habrá escapado a toda marcha. Y un aeromóvil, usted lo sabe bien, puede alcanzar muy bien muchos cientos de kilómetros a la hora.

—Desde luego. Pero ¿qué haremos a continuación?

—Marcharnos, por supuesto…

De repente, Perla lanzó un agudo grito.

—¡Daniel, los tubos se calientan!

Daniel tenía el suyo en la mano y notó una temperatura anormal, que no era el resultado de su manejo. Una súbita sospecha hirió su mente.

—¡Tírelos, pronto, todo lo lejos que pueda! —gritó.

Perla obedeció en el acto. Daniel arrojó el suyo al fondo de la caverna.

Casi en el mismo instante, brotaron varios chispazos deslumbradores, acompañados de unas fuertes detonaciones. Otro relámpago se produjo hacia la entrada, en el lugar donde yacía el cadáver de Dir—2.

Sendas columnas de humo blanco, que se disipó con rapidez, brotaron de los lugares donde se habían producido las explosiones. Daniel y Perla se miraron con expresión consternada.

—Ha sido cosa de Dir—01 —manifestó el joven con gesto sombrío en su rostro.

—Pero, ¿cómo lo ha hecho? —preguntó ella, atónita.

—Cada tubo tiene un circuito para comunicación directamente con una central de energía, que está siempre en manos de Dir—01 —explicó Bry—11—. Seguro que emitió alguna descarga a distancia, elevando su tensión.

—Ese tipo no quiere dejar rastros detrás de sí —masculló Daniel con amargura—. Bien, creo que tendremos que irnos de aquí.

—¿Cómo? —preguntó la joven—. Hemos perdido nuestros

medios de locomoción...

—Vamos a ver si podemos hacer girar la losa que cubre la entrada — contestó él.

Daniel se encaminó hacia el cuadro de mandos y lo estudió durante algunos momentos. Perla y Bry—11 le contemplaban con ansiedad.

El joven ensayó algunos de los controles. De pronto, la enorme losa giró suavemente a un lado, dejando entrar un gran chorro de aire fresco.

—Ahora —dijo Daniel—, sólo nos falta coger uno de esos aeromóviles y emprender el regreso. Bry—11, usted vendrá con nosotros.

—Está bien —contestó el sujeto.

Entraron en el vehículo. Daniel dispuso que Perla fuese la conductora a fin de poder vigilar a Bry—11, de quien no se fiaba en absoluto.

—¿Adonde vamos? —preguntó la joven.

—A su casa, naturalmente —respondió Daniel.

—Quedará abierta —dijo Perla.

—Lo siento por J'Min y por Morgan —dijo Daniel. El aeromóvil ganó altura. Perla le hizo tomar el rumbo de su casa.

Una hora más tarde, Daniel dijo:

—Perla, haga el favor de tomar tierra.

La joven obedeció sin rechistar. Una vez se hubo posado el vehículo en el suelo, Daniel abrió la portezuela.

—Fuera, Bry—11, o como quiera que te llames.

Los ojos del sujeto mostraron aprensión.

—No hay gente aquí — se quejó.

—Así probarás tu capacidad de supervivencia —contestó Daniel en tono implacable—. Abundan los árboles y hay conejos y liebres de sobra. Con esos dos elementos y un poco de ingenio, puedes arreglártelas para tener comida y fuego.

—No estoy acostumbrado a andar —rezongó el hombre.

—Desventajas de vivir en una supercivilización donde todo te lo han hecho, de la cuna a la sepultura —dijo el joven con sarcasmo—. Debe de haber unos trescientos kilómetros hasta la ciudad, lo que significan seis jornadas de campo, aire puro, fragancia de flores silvestres, riachuelos murmurantes... ¡Largo!

Bry—11 abandonó el aeromóvil, mascullando mil juramentos. Inmediatamente, Perla lo hizo elevarse y la figura de Bry—11 desapareció en la oscuridad.

—Bueno —dijo el joven—, y ahora, rumbo a la ciudad.

Ella se volvió, sorprendida.

—Creí que había dicho a mi casa.

—Estaba delante Bry—11. Además, su casa es el sitio menos seguro en la actualidad.

—En eso tiene razón —convino Perla—. Pero ¿qué vamos a hacer en la ciudad? ¿Dónde nos meteremos?

—Ése es un problema que afrontaremos en el momento oportuno. Dir—01 tiene un círculo de segundos directores, cada uno de los cuales debe conocer a un puñado de esbirros. Imagínese ahora la cantidad de gente que pueden concentrar sobre su casa en un momento dado.

—Eso es verdad —admitió la joven, bastante preocupada—. Pero ¿por qué querrá Dir—01 asaltar el poder?

—Debe de tratarse de algún megalómano, no hay otra explicación posible.

La luz del nuevo día empezó a verse en el horizonte.

Perla guardaba silencio. Daniel la observó durante unos momentos y, al fin, preguntó:

—¿Es que usted no sabía nada al respecto?

—Los informes que tenía no hablaban para nada de eso —respondió la joven—. Sólo hablaban de seres extraterrestres... y de evitar el pánico que podía surgir caso de que se hiciera pública la noticia.

—¿Quién le facilitó los informes? El mismo, supongo —añadió Daniel—, que le entregó los aparatos de infrarrojos. Sí, pero ¿quién es?

—Un hermano de mi difunto esposo. En la actualidad ocupa un alto cargo en el gobierno.

—¿Le conozco yo?

—No lo sé. Como usted vivía una existencia de vagabundo, hasta que le atraparon, ignoro la clase de conocimientos, digamos sociales, que poseía.

—Su nombre, por favor.

—Fory Dagger.

Daniel silbó.

—¡Vaya! ¡Está usted muy bien situada! ¡Nada menos que el jefe de la Policía Social!

—Así es —admitió ella con una sonrisa—. ¿Le conoce?

—He oído su nombre, aunque nunca vi su efigie. Claro que la mayoría de los miembros del gobierno no son muy aficionados a que se les vea en público, de una u otra forma. Pero sus nombres sí son conocidos. La felicito, Perla.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca tuve gran relación con él. Era, es, mejor dicho, bastante mayor que su hermano y nuestro matrimonio no fue nunca de su agrado. Sin embargo, se portó muy cortésmente cuando fui a pedirle ayuda.

—Le daremos las gracias cuando le veamos —aseguró el joven.

Ya era de día claro. A poco, divisaron la silueta de la ciudad en la lejanía.

Poco después, empezaron a cruzarse con los primeros vehículos de transporte. Las fábricas estaban en un determinado sector de las afueras de la urbe, donde no interfirieran el futuro desarrollo de las edificaciones.

—La gente madruga para ir al trabajo —comentó él con ironía.

—Usted también debería estar haciendo algo por el estilo, en lugar de dedicarse al vagabundeo.

—Sí —afirmó Daniel—. Lo haré, pero cuando pueda elegir yo mi trabajo, no cuando una máquina me designe qué he de hacer, cuánto he de hacer, cuál es el alimento más conveniente, qué cantidad de ropa puedo precisar al cabo del año... Vamos, usted ya me entiende, Perla; no me gusta ser el brazo...

—No me lo repita más —cortó la joven con hastío—; me lo sé de memoria: el brazo de carne y hueso de una máquina. Está bien, ¿adonde vamos?

—A ver a Gus Werrell, alias Dir—7.

CAPÍTULO X

El aeromóvil se detuvo frente al número 2317, una casa de planta y piso, idéntica a millares de ellas. Daniel abrió la portezuela

y ayudó a Perla a bajarse del vehículo.

Casi en el acto, un coche de la Policía Social se detuvo a su lado. Uno de los agentes salió del vehículo y se dirigió hacia ellos.

—Hola —saludó—. Es tarde. Deberían estar ya en su trabajo.

Daniel le enseñó la tarjeta verde.

—Tengo licencia para nueve meses, agente.

El guardia leyó el documento y lo devolvió a su dueño.

—¿Y la señora?

—Excluida del trabajo temporalmente —respondió Perla, enseñándole un documento análogo, pero de color anaranjado—. Falta de concentración —explicó.

El guardia les miró con recelo.

—Si esto sigue así, no sé quién va a llevar a cabo la Reconstrucción —masculló indignado. Y regresó a su vehículo, que partió de inmediato.

—¿Lo ve? —sonrió Daniel—. No le perdonan a uno el querer hacer lo que quiera. Hay que producir, producir, producir...

—¡Basta ya, por favor! —cortó Perla con acento enojado—. Las leyes son así y yo no las he redactado.

—Por supuesto —contestó el joven—. Vamos a ver a nuestro buen amigo Dir—7.

Cruzaron la acera y se acercaron a la puerta. Daniel iba a llamar cuando se dio cuenta de que estaba entreabierta.

—Qué raro —comentó—. Esto no es corriente... a pesar de la escasez de esa plaga antisocial que se llama ladrones.

—Donde no hay ladrones, las puertas sólo cumplen un fin puramente aislante —dijo ella en tono doctoral.

—Sí, de las inclemencias meteorológicas. —respondió Daniel con soma—. Entremos.

Cedió el paso a la joven y cruzaron el umbral. Daniel cerró a sus espaldas.

—¡Werrell! —llamó.

Nadie le contestó.

—Se habrá ido a trabajar —alegó Perla—. ¿Cree que todos son tan vagos como usted?

—Por supuesto —admitió Daniel—; soy el campeón de los vagos. Pero una puerta abierta como la que hemos encontrado indica una de dos cosas: que el dueño es un descuidado o...

—¿O qué?

—O que alguien ha salido de la casa con muchísimas prisas.

—Werrell. Se le haría tarde para trabajar.

—¡Hum! —dijo Daniel en tono dubitativo—. Correr para trabajar… Yo no lo haría, desde luego. Bien, vamos a ver qué hay más arriba.

En el piso alto encontraron un cuerpo humano con un terrible orificio en el centro del pecho.

Perla ahogó un grito de espanto y se volvió para no contemplar aquel horrendo espectáculo.

Daniel inspiró unas cuantas veces. Luego, acercándose al cadáver, lo examinó con suma atención.

El cuerpo de Dir—7 estaba tendido al pie de una mesa de superficie muy pulimentada. A Daniel le pareció que el hombre había estado apoyado de espaldas en ella, hasta el momento de recibir la descarga fatal.

—Bien —dijo en tono decepcionado—, parece que hemos perdido el tiempo. Dir—01 llegó antes que nosotros.

—Pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Perla, vuelta de espaldas todavía al cadáver.

—Los muertos no hablan —contestó el joven. Miró en tomo suyo —. Sería interesante registrar la casa, aunque ya me imagino que Dir—01 lo había hecho antes que nosotros y no encontraremos nada que valga la pena.

—A mí me gustaría saber cómo conocía Dir—01 nuestros propósitos —manifestó la joven.

—No hay más que una explicación posible.

—¿Cuál?

—Alguno de aquellos tubos, si no todos, poseía también emisora de radio. Por tanto, Dir—01 captó todas nuestras palabras y se enteró de que acabaríamos viniendo a ver a Werrell —se inclinó sobre el cadáver y le tocó una mejilla—. Está completamente frío, lo cual indica que hace ya horas que murió.

Permaneció unos momentos pensativo.

—Es un arma terrible —comentó—. No hay más que recordar la descarga que Dir—01 emitió a través de la comunicación televisual. Me gustaría conocer a su inventor, palabra.

—Dagger no me dijo nada al respecto —alegó Perla.

Daniel movió la cabeza con gesto indiferente. De pronto frunció el ceño, a la vez que se inclinaba un poco y miraba con suma atención la pulida superficie de la mesa.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la joven.

Daniel no contestó. Incorporándose súbitamente, exclamó:

—Creo que Werrell dejó un mensaje, aunque no acabo de leerlo por completo.

—¿Un mensaje? —repitió ella, extrañada—. Yo no veo nada, Daniel.

—Yo sí, pero se necesitaría una sustancia finamente pulverizada para hacerlo resaltar.

—¡Espere! —dijo Perla, que empezaba a comprender las intenciones del joven—. Tal vez encuentre algo en la cocina.

Salió corriendo de la habitación y regresó a los pocos momentos con un bote de metal en las manos.

—Cacao en polvo. ¿Servirá?

—Lo intentaremos —respondió Daniel, tomando el bote.

Levantó la tapa, metió las yemas de los dedos de la mano derecha y espolvoreó parte de la sustancia sobre un sector de la mesa. Repitió la operación un par de veces y luego, inclinándose, sopló fuertemente.

La mayor parte del polvo voló por los aires. Quedó un resto adherido a la mesa, formando unas letras y unas cifras fácilmente legibles.

—«Cuad. F—14» —leyó la muchacha, inclinándose hacia delante, a fin de procurar acentuar el resalte de las letras y los números. Irguiéndose, miró a Daniel con aire desconcertado—: ¿Qué significa esto?

—«Cuad. F—14» —repitió él—. No lo sé, pero es evidente que Werrell se dio cuenta de que iba a morir y quiso dejarnos este mensaje… a nosotros o al que viniera aquí. Era una remota posibilidad, pero acertó.

—No entiendo cómo pudo escribirlo, sin un lápiz o una pluma —dijo Perla—. Ahora, que hay parte del cacao en polvo adherido, se lee con cierta facilidad, pero antes… ¿Cómo lo vio usted?

Daniel sonrió.

—Fíjese en la superficie de la mesa, sumamente pulimentada, hasta el extremo de que parece cristal —Perla asintió y Daniel

continuó hablando, a la vez que se situaba de espaldas a la mesa y echaba hacia atrás el brazo derecho—: ¿Se da cuenta de mi posición?

—Sí. Werrell escribió esas cifras con los dedos… un solo dedo, probablemente. Pero eso no es suficiente para dejar huellas, a menos que hubiera arañado el pulimento, y éste es demasiado duro para conseguirlo sin una fuerte presión.

—No se necesitan arañazos —manifestó Daniel—. Seguramente, Werrell sudaba. Sudaba de miedo… y sus manos estaban también transpiradas. Se dio cuenta del detalle y… —Daniel se mojó el dedo índice con saliva y luego repitió el mensaje, escribiendo por detrás de su espalda—. El sudor permitió que las letras y las cifras quedaran impresas sobre el pulimento.

Perla asintió. Al retirarse Daniel a un lado, pudo comprobar prácticamente sus explicaciones.

—Pero usted, ¿cómo pudo apreciarlo? —quiso saber.

—Me di cuenta de que el pulimento aparecía empañado en algunos trozos —explicó Daniel.

—De modo que, si Dir—01 lo mató para que no hablase, sus propósitos resultaron fallidos.

—En cierto modo, porque nos quedó el mensaje —una vez más, Daniel repitió —: Cuad. F—14. ¿Qué puede significar?

Callaron unos momentos. De pronto, Perla exclamó:

—¡Creo que ya lo tengo, Daniel!

El joven la miró muy interesado.

—¿Sí, Perla?

—¿No le parecen unas coordenadas sobre un mapa?

Daniel chasqueó los dedos.

—¡Claro! ¡Está clarísimo! ¡«Cuadrado F—14»! —parpadeó unos instantes—. Sí, pero ¿dónde puede estar ese cuadrado?

—¿Por qué no vamos a la Biblioteca Pública y consultamos el mapa?

—¿Qué mapa?

—El de la ciudad y sus alrededores. Ese sitio no puede estar muy lejos de la ciudad, Daniel —manifestó Perla, muy convencida.

Daniel sonrió.

—Estoy empezando a darme cuenta de que es tan lista como hermosa —alabó.

Perla se sonrojó vivamente.

—El momento no es el propicio para elogios —dijo con aspereza —. Será mejor que nos marchemos.

—Por supuesto.

Descendieron al piso bajo. Antes de salir, Daniel, con acento preocupado, habló:

—Lo que no entiendo es por qué el asesino, es decir, Dir—01, no avisó a la Policía Criminal para dar cuenta del crimen.

—¿Y por qué había de hacerlo? ¡Se acusaría él mismo!

—No, pero si sabía que íbamos a venir aquí, lo lógico hubiera sido prepararnos una trampa y hacernos coincidir con los policías.

—La herida habría demostrado inmediatamente que no fuimos nosotros.

—Pero nos hubiésemos visto en un serio compromiso.

Perla se mordió los labios.

—No lo entiendo, pero, de todas formas, eso importa poco ahora. Lo interesante es hallar la situación exacta del Cuadrado F—14.

Salieron a la calle. Cruzaron la acera y entraron en el aeromóvil, cuyos mandos tomó Perla de inmediato.

Minutos más tarde, se detenían frente al enorme edificio de la Biblioteca. Cuando pasaban bajo el dintel del gran portón de acceso, Daniel preguntó:

—¿Pedirá usted ayuda a su cuñado?

—De momento, no; me dijo que obrase con la mayor discreción.

Llegaron al mostrador de información, donde fueron atendidos por una agraciada bibliotecaria, que les envió a la sección de mapas y planos. Una vez en ella, pidieron el de la ciudad y sus alrededores, que les fue entregado, tras rellenar la ficha correspondiente.

Buscaron una mesa apartada y desplegaron el mapa. Las coordenadas estaban marcadas por letras las verticales y por cifras las horizontales. El cuadrado F—14 caía fuera de los límites de la ciudad, en las proximidades del río, aunque hacia el lado opuesto donde la joven tenía su casa.

—Esto parece desierto —dijo Perla, decepcionada.

—Claro, ¿qué esperaba usted?

—Entonces ¿qué haremos?

Daniel se tiró del labio inferior. Luego murmuró:

—No mire usted, pero creo que nos están vigilando. ¡Relaje sus músculos! —advirtió, aunque en voz baja.

La joven obedeció en el acto.

—¿Quién es? —musitó.

—Hay un hombre sentado en el lado opuesto de la sala. Tiene un mapa en las manos, pero no nos quita ojo de encima. Entró inmediatamente detrás de nosotros.

—¿Cree que nos habrá seguido desde casa de Dir—7?

—Seguro. Dir—01 sabía que íbamos a ir. Por tanto, le conviene tener un control absoluto de nuestros pasos.

—Tendríamos que hacer algo para desprendernos de ese molesto apéndice, ¿no cree?

Daniel continuó mirando el mapa, mientras hacía funcionar su cerebro activamente. Había media docena escasa de personas en la sala, ya que dado el objeto a que se destinaba, era una de las menos concurridas.

—Ya tengo la solución —dijo—. Espere aquí un momento —levantó la voz—. Tengo que ir al lavabo. Aguárdame, querida.

Se dio cuenta de que el hombre había alzado la cabeza un instante, aunque fingió no haber advertido el detalle. Abandonó la sala rápidamente, dejando a la muchacha sola.

El espía vaciló, pero, por no perder a Perla de vista, se quedó en aquel lugar. La joven esperó con paciencia cosa de cinco minutos, al cabo de los cuales regresó Daniel.

—Ya está. Tenga paciencia y no me haga preguntas.

Una bibliotecaria entró en aquellos instantes.

—¿Señor Dowell? —llamó.

El espía levantó la cabeza, vivamente sorprendido.

—Sí —contestó—. ¿Qué ocurre?

—Tiene usted una comunicación visofónica. Le llama el señor Dirk Ceruno. Cabina doce, por favor.

Daniel y Perla continuaban aparentemente enfrascados en la conversación del mapa. El vigilante, tras algunos momentos de vacilación, se puso en pie y abandonó la sala.

Entonces, Daniel agarró la mano de Perla y tiró de ella hacia la salida. Instantes después, se hallaban a bordo del aeromóvil, que se remontó por los aires con gran rapidez.

CAPÍTULO X

Daniel dejó escapar una estruendosa carcajada.

—¡Picó! ¡Picó como un incauto! —exclamó.

—¿Cómo lo consiguió usted? —preguntó Perla, risueña y admirada a un tiempo.

—Usted sabe que hay varias cabinas visofónicas en la biblioteca, para comodidad de los lectores.

—Sí.

—Subí al primer piso y tomé el número de una de ellas. Luego, en el piso inferior, hice la llamada. Dowell o como se llame, cayó en la trampa.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo averiguó el nombre del tipo?

—Bien... —Daniel carraspeó un instante—; no es porque yo lo diga, pero creo que aún soy un tipo atractivo. Hablé con la bibliotecaria que maneja las fichas de los lectores, la favorecí con un par de guiños amistosos... y así supe el nombre de la persona que había entrado inmediatamente detrás de nosotros en la sala de mapas. Usted fue testigo de lo que ocurrió a continuación.

—Pero Dowell pudo haber sospechado que se trataba de un ardid.

—Por eso mismo empleé un nombre muy parecido al de su jefe. ¿No lo recuerda usted?

Perla se quedó pensativa un instante. Luego emitió una brillante sonrisa:

—¡Dirk Ceruno! —exclamó alegremente—. ¡Es casi idéntico a Dir—01!

—Claro. Yo sabía que el espía no habría picado con cualquier otro nombre. Pero cuando oyó el mencionado, sí creyó que era el jefe quien le llamaba.

—¿Y cómo podía saber el jefe que estaba en la biblioteca?

Daniel elevó sus brazos al cielo.

—¿Dónde está el cerebro privilegiado de las mujeres, oh, dioses? ¿Es que no hay transmisores de radio? Dowell tenía informado, seguramente, a su jefe, de cada paso que dábamos. «Ahora están en la Biblioteca Pública...» «¡Ahora los he perdido, jefe!» «¿Qué dices,

idiota?» «Sí, se han marchado… pero ¿no me llamo usted por visófono?» «¿Yo, pedazo de imbécil? ¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa semejante, asno de dos patas?» «¡Pero, jefe…!» «¡Basta de «jefe» y búscalos inmediatamente, animal…!»

Perla rió de buena gana el supuesto diálogo imaginado por el joven.

—Es usted único, Daniel.

—Me gusta oírselo decir, Perla.

La joven se ruborizó.

—No tome las cosas por lo que no son —dijo con cierta aspereza.

—Claro —sonrió él con malicia.

El rubor de Perla aumentó. Pero Daniel no quiso forzar la situación.

«Es una chica muy linda… y está sola. Yo también estoy solo, de modo que si súmanos dos y dos… no, uno y uno, tendremos dos… y con el tiempo, más de dos, claro.»

La perspectiva le agradó muchísimo.

Media hora después, Perla anunció que habían llegado al Cuadrado F—14.

—Pero no hay más que campos, colinas, bosques y un río —dijo, defraudada.

Daniel estiró el brazo hacia atrás y agarró uno de los cascos de infrarrojos.

—Sitúese a quinientos metros de altura y empiece a dar vueltas, describiendo un círculo imaginario, tangente a los lados del cuadrado.

—¿Qué espera ver con esos anteojos? —preguntó ella, mientras iniciaba la maniobra.

—Una fuente de calor, por supuesto —respondió él, calándose los anteojos.

Presionó el interruptor y se situó de modo que los rayos del proyector cayesen oblicuamente hacia abajo. El suelo se veía casi negro, aunque, de cuando en cuando, se advertían algunas manchitas rojas, que correspondían a los animales que corrían libremente por los campos. El calor desprendido de sus cuerpos provocaba aquellas imágenes en las retinas de Daniel.

Pasaron algunos minutos. De repente, Daniel notó una diferencia

de tonos en el panorama que observaba a través de los lentes especiales.

—¡Alto, Perla! ¡Mantenga el aparato inmóvil!

La joven obedeció en el acto. Daniel estudió detenidamente la mancha más clara, de forma rectangular, que aparecía en su campo visual.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó ella.

Daniel levantó las gafas y observó el suelo a ojo desnudo.

—¿Ve esa colina, cubierta de arbolado? —le indicó una, situada a cien metros escasos del río.

—Sí, desde luego.

—Ahí es... no sé qué, pero seguramente alguna fábrica secreta, algún lugar donde hay una fuente de energía que emite calor.

—Debe de estar emplazada en un subterráneo —opinó Perla.

—Es lo lógico, en un caso como éste. Pero aun así, las capas superiores, aunque sea en pequeña cantidad, han sufrido un aumento en su temperatura, que las hace resaltar a la visión con infrarrojos. Medio grado de más con respecto a los terrenos colindantes es suficiente para delatamos su existencia ahí, bajo la colina. Tal vez no lo hubiésemos advertido, si esa fábrica o lo que sea, estuviese recién construida, pero debe llevar funcionando largo tiempo, quizá años. Eso influye en la temperatura de la capa de tierra y roca que tiene encima; incluso en la de los vegetales del exterior, a través de las raíces.

Daniel meneó la cabeza y añadió:

—Felicite a su cuñado:; le proporcionó unos aparatos estupendos.

—¿Descendemos? —preguntó Perla.

—Claro. Ahora mismo. Vamos a ver si encontramos la entrada a la cueva.

—No tenemos armas —observó ella en tono aprensivo

—¿No fue usted la que usó un garrote en cierta ocasión, y con magníficos resultados? Como buen vagabundo, tengo un objeto imprescindible para mis correrías, que nos proporcionará ese garrote en pocos minutos.

Momentos después, el aeromóvil se posaba en el suelo. Daniel saltó fuera del vehículo y, tras sacar su cuchillo de resorte, buscó un árbol adecuado.

Unos minutos más tarde, tenía en la mano una rama recta, de más de un metro de longitud, por seis u ocho centímetros de grueso. Con el mismo cuchillo, afiló uno de los extremos y luego blandió el garrote con aire satisfecho.

—Ahora es un arma contundente... y pinchante —sonrió—. ¡Ya ve usted, Perla; en pleno siglo XXII y tenemos que usar armas de la Edad de Piedra!

Ella sonrió, pero no dijo nada. Después de unos segundos de observación, Daniel caminó hacia la base de la colina.

—Daremos un rodeo completo —dijo —. Luego exploraremos su superficie.

Media hora más tarde, se convencieron de que la entrada no se hallaba en la parte baja de la colina. Daniel empezó a torcer el gesto.

—Sigamos explorando — dijo.

Ascendieron por la ladera que daba a la ciudad, sin encontrar el menor detalle que les pudiese indicar la entrada a la factoría que suponían había bajo sus pies. Llegaron al otro lado y emprendieron la vuelta, a fin de seguir un camino transversal al anterior.

De pronto, cuando se hallaban a mitad de camino, entre el pie de la colina y la base, Perla lanzó una exclamación:

—¡Viene alguien, Daniel!

El joven levantó la cabeza. Un aeromóvil se acercaba a aquel lugar a toda velocidad.

Agarró el brazo de Perla y la arrastró hacia unos matorrales próximos.

—Nos esconderemos aquí —dijo.

El aeromóvil evolucionó por encima de la colina, a baja altura. De pronto, se paró sobre el vehículo de Perla.

Un brazo humano asomó por una de las ventanillas. Brilló un dardo blanco y el aeromóvil de Perla estalló fragorosamente.

—A eso llamo yo quemar las naves... de otro, claro —dijo Daniel con toda tranquilidad.

—Nos han cortado la retirada —se lamentó ella.

—Mejor. Como dijo no sé qué célebre general: «Ahora sólo podemos dar la cara al enemigo».

—Estoy admirada de su valor —elogió Perla.

—Sí. Es el mismo que el de aquel que salvó a uno que se

ahogaba en el mar embravecido. Luego buscaba como un loco al que le pegó el empujón que lo lanzó al agua.

Perla movió la cabeza, a la vez que sonreía.

—Es usted incorregible —dijo.

El aeromóvil descendió a unos cien metros del lugar donde se hallaba la pareja.

—Vamos —dijo Daniel—. Cuidado con dejarse ver.

Dieron un rodeo para acercarse al vehículo por la retaguardia. Dos hombres se apearon del mismo y miraron con recelo a su alrededor.

—Creo que no han hallado la entrada —manifestó uno de ellos.

—¡Claro que no! —respondió el otro—. Ve por ese lado; yo miraré por el opuesto. Tienen que estar escondidos entre la maleza. Mátalos apenas los veas.

Perla se estremeció. Daniel la sujetó por un brazo, impidiéndole cometer alguna imprudencia.

Los dos sujetos se separaron. Uno de ellos se alejó en dirección contraria. El otro caminó casi en línea recta hacia ellos, mirando con cautela a todas partes, con el mortífero tubo en la mano, dispuesto a usarlo en cualquier momento.

El hombre se movía con gran sigilo, deteniéndose de cuando en cuando a escuchar. De pronto, surgió un brazo armado con un garrote de entre unos arbustos.

El garrote bajó rápidamente. Se oyó un seco golpe y el individuo cayó al suelo.

—¡Bravo! —gritó Perla, alborozada.

—Cuidado con el exceso de entusiasmo —dijo Daniel, saliendo de su escondite—. Dir—01 podría oírnos.

Se inclinó sobre el caído y le registró, hasta que encontró el correspondiente tubo, del que se apoderó y luego entregó a la joven. En silencio, se llevó los dedos a los labios.

Perla asintió. No debían ser escuchados, como sucedió en la caverna del cañón.

Daniel sacó su navaja, la abrió y desgarró en tiras la tela del traje del sujeto, para atarlo fuertemente. Le puso una mordaza en la boca, y luego, aplicando los labios a la oreja de la joven, dijo:

—Esperaremos aquí. El otro volverá a este mismo sitio.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Daniel agarró el cuerpo

del inconsciente sujeto y lo arrastró, hasta esconderlo tras unos matorrales.

Luego esperaron.

El otro esbirro apareció treinta minutos más tarde.

Primero oyeron su voz.

—¡Eh, Kry—9!

Daniel permaneció en el mismo sitio, con el garrote en la mano. La voz del individuo sonó de nuevo.

—¿Dónde te has metido, estúpido? ¿Es que tienes ganas de jugar al escondit...?

El garrote entró en funciones por segunda vez. Ahora, sin embargo, Daniel no empleó tanta fuerza.

El hombre cayó, aunque no del todo, quedando apoyado en el suelo con las rodillas y las manos, en una posición un tanto ridícula. Conservaba el conocimiento, pero estaba aturdido por el estacazo.

Daniel le despojó de su tubo en un instante. Luego se retiró a un lado.

El hombre se levantó a poco, frotándose el cogote, mientras hacía muecas de dolor. Daniel le apunto con el tubo a la cara.

Deliberadamente, estiró el brazo, manteniendo el tubo lo más alejado posible de sus labios. La boca del mismo estaba a metro y medio de la cara de su antagonista.

—¿Ves qué es esto? —dijo en voz baja—. Te mataré si no me indicas la entrada al laboratorio, fábrica o lo que sea, que hay bajo la colina. Habla en voz baja; si gritas, te mataré igual. ¿Está claro?

El hombre asintió, con el miedo reflejado en los ojos.

—Está bien. Habla —ordenó Daniel.

—La... la entrada está a unos cien metros de aquí —contestó el sujeto.

—Camina. Ve delante y ten cuidado con lo que haces. ¡Un momento!

El hombre sé había vuelto ya. Giró la cabeza para mirar al joven.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Tenéis alguna hora fijada para hablar con Dir—01?

—Cuando terminemos, hemos de emitir nuestro informe.

—Eso significa que todavía tenemos un poco de tiempo antes de que el jefe se alarme, ¿no es así?

—Sí.

—Bueno, es todo lo que quería saber, por ahora. ¡En marcha!

CAPÍTULO XII

El hombre caminó con paso seguro. Minutos después, se detenía al pie de un pequeño muro rocoso, oculto en parte por unos arbustos.

—Aquí es —dijo.

—¿Sabes cómo se abre?

—No. Hay que llamar...

—Pues hazlo, pero no olvides el cacharrito que tengo en la mano —advirtió Daniel una vez más.

—Es que...

El hombre vaciló.

—Vamos, habla de una vez —dijo el joven en tono imperativo—. No me hagas perder el tiempo.

—Es que debo usar ese tubo para hacer la llamada.

—Indícame la clave y yo la haré por ti. No me fío, ¿sabes?

El sujeto avanzó unos pasos, apartó los matorrales y señaló un círculo de unos cinco centímetros de diámetro que había en la roca. Era difícil verlo si no se conocía, ya que no había pintura de ningún género; tan solo un alisamiento de la superficie irregular del muro.

—Hay que lanzar cuatro destellos a baja potencia, luego dos y por último otros cuatro —indicó.

—Perfectamente —Daniel sonrió—. Una lámpara de Aladino, un «ábrete, Sésamo»... Esto parece un cuento de las Mil y Una Noches.

Miró a la joven.

—Un día le regalaré el libro, Perla.

Ella no dijo nada. Daniel se acercó al sitio señalado y emitió los destellos según la clave indicada por el sujeto.

Segundos después, un trozo de la roca, de unos tres metros de alto por dos de ancho, de forma regular y tan hábilmente cortado que era imposible ver la juntura, empezaba a girar a un lado, descubriendo la entrada a una oquedad situada bajo el suelo de la colina.

El garrote de Daniel entró de nuevo en funciones.

—Lo siento; no puedo dejarte libre —murmuró, mientras el hombre se desplomaba al suelo, inconsciente.

La entrada quedó abierta. Una larga rampa, de suave pendiente, apareció ante los ojos de Daniel y Perla.

—¿Se atreve? — le preguntó Daniel.

—Claro —contestó ella, rompiendo la marcha.

Cruzaron el umbral. La rampa tenía una longitud de unos treinta metros, con un desnivel del diez por ciento. El techo de la cueva, que se elevaba a medida que se adentraban en su interior, aparecía brillantemente iluminado.

Al fondo, divisaron a varios hombres que trabajaban en lo que parecía ser un extraño laboratorio. El aspecto del mismo era parecido al otro que ya conocían los dos jóvenes.

De pronto, uno de los individuos les vio y, abandonando su labor, se encaminó hacia ellos, con la sorpresa pintada en su rostro.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó en tono normal.

—Venimos de parte de J'Min —contestó el joven, aventurando una respuesta.

El hombre se animó.

—¡Vaya! —exclamó—. Ya era hora que se supiera de J'Min. ¿Qué es de él? ¿Dónde está?

—Pues ése es el caso —declaró Daniel tranquilamente—, que no sabemos su paradero y por ello vinimos a que ustedes nos lo indicaran. Perdón, me llamo Daniel Borrow. La señora Ohalla —presentó a Perla.

—Doctor Leure —dijo el científico, inclinándose gravemente—. Pero yo no soy el director del laboratorio, sino el profesor Palmero. Vengan, por favor.

Leure giró sobre sus talones y echó a andar hacia el fondo, seguido de la pareja.

—¡Profesor! —llamó Leure a poco.

Un hombre de cierta edad levantó la cabeza de un microscopio, a través del cual estaba examinando unas muestras de algo que Daniel no adivinó en aquellos momentos. Palmero les miró con gesto inquisitivo.

—¿Qué hacen estos dos aquí? —preguntó en tono un tanto hostil.

—Buscan a J'Min, profesor —respondió Leure, presentando a

Daniel y Perla.

—Somos amigos suyos —añadió el joven.

Los otros científicos se agregaron al grupo.

—De modo que vieron a J'Min —dijo uno de ellos.

—Tuvo suerte —añadió otro.

—Si yo hubiera sido tan resuelto como él, no estaría aún aquí —se lamentó un tercero.

—¿Por qué? —preguntó el joven, asombrado.

—Bien —rezongó Palmero de mala gana—, la puerta de este laboratorio secreto está cerrada y no puede abrirse desde el interior.

—¿Están secuestrados? —preguntó Perla, vivamente interesada.

—Algo por el estilo, señora Ohalla —admitió Leure con una sonrisa.

—Es decir, que Dir—01 les retiene aquí contra su voluntad —dijo Daniel.

—Así es —contestó uno de los científicos—. Nos ha prometido mucho, pero hasta ahora no hemos visto nada.

—Y lo que es peor: no sabemos cuándo nos iremos de esta maldita cueva —exclamó otro, furioso.

Daniel sonrió.

—La puerta está abierta de par en par. Nadie les impedirá marcharse, si así lo desean.

Hubo un momento de indecisión entre los científicos. De pronto, uno de los científicos dijo en tono excitado:

—¡Al diablo con el laboratorio! ¡Estoy harto de vivir como un troglodita! Yo me marcho ahora mismo, aunque sea a pie —miró al joven—. Gracias, señor Borrow.

—¡Eh! —protestó Palmero en aquellos instantes—. Usted no puedo hacer eso. Debe seguir aquí...

El hombre se acercó a Palmero, arrojando lumbre por los ojos.

—Son dos años de permanecer bajo tierra, profesor —barbotó encolerizado—. Me gusta la ciencia, pero no hasta el punto de querer convertirme por ella en un gusano. ¡Adiós!

Giró en redondo y se dispuso a marcharse.

Entonces, Palmero tomó un tubo que tenía sobre la mesa, al alcance de su mano, y apuntó con él al científico.

Perla gritó. Daniel, más práctico, utilizó el garrote.

Se oyó el crujido de huesos. Palmero lanzó un agudo grito de

dolor. Soltó el tubo y se agarró la muñeca fracturada con la otra mano.

—Nosotros también nos vamos —dijeron los restantes científicos, menos Leure.

Daniel observó a Leure atentamente. No sabía qué partido tomaría el hombre, pero tardó muy poco en salir de sus dudas.

—Profesor — dijo en tono severo—, de todos los hombres que conozco, es usted el más vil y repugnante, porque no sirve a la ciencia, sino que hace que la ciencia le sirva a usted... a usted y a sus bastardos fines.

—Le costará caro —aulló Palmero, con el rostro contraído por el dolor.

Leure se agachó, recogió el tubo y apuntó con él a Palmero.

—¿Está en condiciones de amenazarme, maldito? —dijo—. ¿Qué pasaría ahora si yo le abrasara con este cacharro?

Palmero palideció de modo horrible.

—Leure... usted no... usted no hará eso, ¿verdad? Me he portado bien con usted... con todos... Sus nombres serán dignificados, recibirán honores, dinero...

—¡Váyase al diablo! —masculló Leure—. No queremos nada de lo que usted dice, sino sólo ser hombres libres.

—Aplaudo su modo de pensar —terció Daniel sonriendo—. Pero no le mate; es un tipo que vale mucho más vivo que muerto.

—Por eso me he contenido —respondió Leure.

Perla dijo:

—Voy a ver si encuentro por ahí alguna venda para curarle la muñeca.

—De modo —murmuró Daniel—, que les retenían aquí contra su voluntad.

—Así es —manifestó Leure—. J'Min, sin embargo, consiguió escapar. Fue el único que se atrevió a intentarlo.

—¿Cómo lo hizo?

—De cuando en cuando, nos llegan suministros de materiales, alimentos y otras cosas. Entonces, nos encierran en una habitación que hay al fondo de esta caverna. J'Min aprovechó un descuido de nuestros guardianes y se largó.

Daniel asintió. J'Min debía haber sido perseguido ferozmente. Por dicha razón había llegado herido y exhausto meses antes a la

casa de Perla.

—Y el profesor era como una especie de vigilante emérito de todos ustedes.

—Más o menos.

—Trabajaban para Dir—01.

—Sí. Estamos reproduciéndole esos tubos que usted conoce, que son invención de Palmero.

—¿Tienen energía propia o la reciben de alguna central?

—Pueden usarse de ambas maneras, pero la central, que está en manos de Dir—01, naturalmente, tiene siempre contacto directo con cada tubo.

—¿Sabe usted cuántos hay fabricados hasta el momento?

Leure hizo un rápido cálculo.

—Yo diría que unos cuatrocientos.

Daniel silbó. Perla llegaba en aquellos momentos con un rollo de vendas en la mano.

—Profesor, déjeme ver su muñeca.

Palmero obedeció en silencio. La joven empezó a vendarle el miembro lesionado.

—De modo que cuatrocientos tubos —repitió Daniel—. Claro, ahora lo entiendo.

Leure le miró con súbito interés.

—¿Qué es lo que entiende?

—La organización de Dir—01.

—¿Cómo? Explíquese, por favor —pidió Leure.

—Dir—01 es el director supremo, superdirector o como quiera llamársele. Tiene un círculo de directores, en número de veinte... diecinueve, mejor dicho, puesto que debemos contar al número 7, muerto a sus manos... Sí, sí, Leure, no ponga usted cara de extrañeza; la señora Ohalla y yo vimos su cadáver esta misma mañana. Sabía que íbamos a verle y le mató para que no nos indicara el escondite de este laboratorio.

—¡Qué canalla! —exclamó Leure—. Siga, señor Borrow, por favor.

—Bien, cada director segundo debe de tener otro círculo de veinte hombres fieles y leales, cada uno de los cuales dispone de su correspondiente tubo...

—Lo cual suman los cuatrocientos aparatos construidos hasta

ahora, aproximadamente.

—Más o menos —sonrió Daniel—. Y me imagino que, con el tiempo, esos hombres que estaban a las órdenes directas de los directores segundos, de tal modo que cada uno de ellos sólo conocía a su director respectivo, se habrían convertido a su vez en centro de otros círculos inferiores, cada uno de los cuales constaría de veinte miembros más, todos ellos duros, despiadados y ambiciosos.

—Ahora estábamos intentando la fabricación de los tubos en gran serie —declaró Leure.

—Lo cual significa que, en pocos meses más, Dir—01 dispondría de seis mil hombres, que obedecerían sus órdenes sin rechistar... ¡y las harían ejecutar a cualquier precio! ¿Empieza usted a comprender sus intenciones, Leure?

—Sí —admitió el científico con expresión torva—. Demasiado. Un invento que habría podido servir para beneficiar a la humanidad... y ha caído en manos de un desalmado sin conciencia.

—Justamente. Y es por dicha razón por lo que la señora Ohalla y yo nos encontramos en este laboratorio que ha dejado ya de ser secreto —Daniel miró a Palmero, cuya muñeca había sido vendada —. No soy muy partidario del gobierno, pero menos de ustedes y de sus desatadas ambiciones. Les pedirán cuentas, créanme.

—Dir—01 es muy poderoso. Les destruirá con un simple chasquido de dedos —amenazó Palmero, que ya se había recobrado.

—Y a usted le matará, como ha hecho con Werrell —respondió Daniel—, Y como hizo también con dos desdichados que tuvieron la mala suerte de perder sus tubos. ¿Qué se creía usted? Dir—01 es hombre que no admite fallos, profesor.

Palmero calló, amedrentado. Daniel se volvió hacia Leure.

—¿Conoce usted a Dir—01? ¿Sabe su nombre?

—No. Sólo le vi una o dos veces, cuando habló con el profesor por el visófono. Pero nunca escuché un nombre determinado.

Daniel se mordió los labios.

—Yo tampoco sé el nombre. Sin embargo, también le he visto en una ocasión. Es un tipo...

Perla gritó de pronto.

—¡Daniel! ¡Viene alguien!

El joven se volvió rápidamente. Dos hombres avanzaban hacia ellos.

Pronto supo que no tenía que temer nada de los recién llegados. Eran J'Min y Morgan.

—Hola —saludó el primero, sonriendo—. Volvemos a vemos, ¿eh?

—Creí que habrían desaparecido para siempre —manifestó Daniel.

—Sólo nos escondimos durante una temporada —respondió Morgan—. Dir—01 nos perseguía sin tregua.

Daniel señaló uno de los tubos.

—Lo malo es —dijo— que nos estará oyendo, con toda seguridad.

—No importa. Le destruiremos —afirmó J'Min.

—Pero no saben quién es —afirmó Daniel.

J'Min volvió los ojos hacia Palmero.

—Él nos lo dirá —respondió.

—Jamás. No hablaré —aseguró el profesor.

—Tenemos medios para obligarle, Palmero —dijo Morgan.

—Bueno, ¿por qué no los utilizan?

Morgan miró a Daniel.

—Es un tipo resistente —dijo. Abrió y cerró las manos un par de veces—. Veremos cuántos puñetazos resiste.

Y avanzó hacia Palmero, el cual retrocedió amedrentado.

—¿Quién es Dir—01?

—¡No lo diré, no lo diré! —chilló el profesor, lívido de miedo.

—Un momento — terció Daniel.

Morgan se volvió hacia el joven.

—¿Qué le sucede ahora? —preguntó en tono desabrido.

—Antes de seguir adelante, quiero conocer sus intenciones —manifestó el joven—. No me gustaría eliminar a Dir—01, para que otros tomasen su puesto.

—Los necesitábamos para luchar contra Dir—01. ¿No le parece lógico que empleásemos sus mismas armas? Sin embargo —añadió J'Min—, esos tubos no habrían estado conectados con su central, por lo que no podría controlamos en ningún momento.

—Parece una explicación sensata —aceptó Daniel—. Pero estamos en el mismo sitio; ninguno conoce personalmente a Dir—01, salvo ese villano —señaló a Palmero—. Yo le vi en una ocasión —repitió—. Es un hombre fuerte, robusto, de unos cuarenta años,

cejas muy espesas y…

Perla dejó escapar un grito.

—¡Daniel!

—¿Qué le sucede? —preguntó el joven, alarmado.

—Yo conozco a Dir—01 —manifestó ella, con los ojos muy brillantes.

Daniel respingó.

—¡Diablos! ¿Está segura?

—Sí. Claro. Esa descripción fisonómica… Ahora lo comprendo. No podía ser nadie más que él.

—Pero, bueno, ¿quién es? —preguntó Leure, impaciente.

—Mi cuñado. Fory Dagger.

CAPÍTULO XIII

Daniel contuvo una interjección que había estado a punto de escapársele. Luego dijo:

—La historia está llena de tipos como Dagger, situados en un puesto elevado y que ambicionaban para sí todo el poder. Debí habérmelo supuesto —se lamentó—; sólo un hombre como él podía haber tramado esta serie de círculos demoníacos.

Miró con resentimiento al profesor.

—Y siempre hay tipos ambiciosos que les ayudan —gruñó.

—Dejémonos de comentarios —exclamó Perla—. Lo importante ahora es, ¿qué vamos a hacer con él? Porque es evidente que debemos atajar sus planes antes de que sea demasiado tarde.

Daniel se pellizcó el labio inferior, sumamente pensativo.

—Lo ideal sería ir hasta su guarida y desenmascararlo, pero tengo la seguridad de que a estas horas ya lo sabe todo y habrá tomado las contramedidas adecuadas. Además, nosotros no tenemos autoridad alguna para penetrar en la Central de la Policía Social y proceder a su arresto.

—Se equivoca, Borrow —dijo J'Min de pronto—. Yo tengo esa autoridad.

Daniel se volvió sorprendido hacia el hombre.

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó.

J'Min sonrió.

—¿Pueden creer que sus andanzas han pasado inadvertidas para el gobierno? También yo tengo amistades en las altas esferas, a las cuales informé de lo que sucedía —y agregó—: Estoy encargado por el gobierno de zanjar este asunto de la mejor manera posible… siempre que sea definitiva.

—Nunca lo hubiera creído —comentó Perla—. Pero ¿por qué entonces me ayudó a mí?

—Sencillamente, porque le interesaba destruir a quienes obraban en contra de sus intereses, es decir, nosotros —respondió J'Min. Y explicó—: Morgan es mi ayudante, además de un fiel amigo.

—Ustedes abandonaron el laboratorio que hay en el cañón —dijo Daniel.

—Sí —reconoció J'Min—. Supimos que Dagger conocía la existencia y nos marchamos antes de que fuese demasiado tarde.

—Un tipo astuto —dijo el joven—. Conocía la existencia de esa caverna en el cañón, pero trató de hacer que, en apariencia, fuesen otros quienes la descubriesen, es decir, la señora Ohalla y yo. Luego, con la destrucción de ese laboratorio, hubiese terminado también con nosotros.

—Exactamente —convino J'Min.

Daniel le miró y sonrió.

—Y nosotros que llegamos a creer que era un ser de otro mundo —dijo—. ¿Cómo llegó a la casa de la señora Ohalla?

—Fue cuando escapé del laboratorio. Los esbirros de Dir—01 me siguieron y destrozaron mi aparato con sus descargas, y yo resulté herido, pero pude salvarme, empleando un tubo para llegar al suelo sin mayores daños.

—Y así apareció en la casa, como llegado de un planeta lejano, y desapareció de la misma manera.

—Cierto —sonrió J'Min.

—¿Y la pomada curativa? Es un medicamento maravilloso; le sanó en cuestión de pocas horas.

—El otro de los inventos de los cuales pretendía aprovecharse Dir—01, elaborado aquí mismo, por uno de los científicos que han escapado, hartos de la esclavitud a que estaban sometidos.

Miró a Palmero severamente.

—Con la ayuda de este miserable —añadió.

Daniel contempló también a Palmero.

—Usted debe de ser uno de los componentes del círculo de directores. ¿Cuál es su cifra de identificación?

—Dir—1 —contestó Palmero con arrogancia.

—El segundo de a bordo, vamos.

—Así es. Y ninguno de ustedes conseguirá escapar, porque...

Palmero les apunto de súbito con uno de aquellos mortíferos tubos.

—No se muevan —intimó.

Perla lanzó un grito. Daniel agarró su brazo.

—¡Quieta! —aconsejó.

Palmero empezó a retroceder hacia la salida, sin perderles de vista un solo segundo.

—Voy a sepultarles vivos aquí —anunció.

—Está cometiendo una insigne tontería, profesor —dijo Leure.

Palmero apretó un botón. Leure cayó muerto en el acto.

—¡Traidor! —escupió.

Perla se tapó la cara con las manos, horrorizada por la canallada que acababa de cometer el científico, cegado por la ambición. Daniel se abstuvo de pronunciar una sola palabra, temeroso de que Palmero le disparase a él otra descarga.

Buscaba desesperadamente un medio de atacar a aquel miserable. Pero la distancia era ya excesiva para intentar saltar sobre él.

—Les enterraré aquí —repitió Palmero—. Y antes de que puedan utilizar sus tubos para perforar un agujero, haré que Dir—01 los inutilice... incluso los suyos, J'Min.

De repente lanzó un agudo grito.

—¡Me estoy quemando la mano!

Palmero lanzó el tubo a un lado. El aparato no llegó a caer al suelo.

Brillaron varios chispazos, al mismo tiempo que se escuchaban unos fuertes estallidos. Uno de los chispazos se produjo a menos de un metro del enloquecido científico.

Palmero emitió un terrible alarido. Se retorció unos instantes y cayó de espaldas, con toda la parte delantera del cuerpo carbonizada por la explosión de su tubo.

—Larguémonos de aquí antes de que sea demasiado tarde —

gritó Daniel.

Agarró la mano de la joven y echó a correr, seguido de J'Min y de Morgan.

En unos segundos alcanzaron la salida. Apenas habían franqueado el umbral, un rayo de deslumbrante blancura bajó de lo alto y abrió un profundo hueco en el suelo, a cuatro pasos de distancia.

Daniel se arrojó a un lado, llevando consigo a la joven. Un aeromóvil estaba situado sobre sus cabezas, evolucionando despacio.

Morgan recibió de lleno una de las descargas. No tuvo tiempo siguiera de gritar.

—¡Es Dagger! —exclamó la joven.

J'Min se lanzó a un lado, esquivando por centímetros otro dardo de luz. Revolviéndose sobre sí mismo, levantó su tubo, que no había sido destruido.

—Todavía no ha tenido tiempo de captar mi frecuencia —exclamó, al mismo tiempo que presionaba un interruptor.

El aeromóvil recibió la descarga en el vientre. Se oyó un tremendo estampido.

Estaba a un par de cientos de metros de altura y osciló de forma alarmante, envuelto en humo y llamas. De pronto, perdió la sustentación y cayó a plomo.

Al chocar contra el suelo, se produjo una terrorífica explosión. El suelo vibró sordamente.

Una enorme columna de humo se elevó del lugar donde había caído el aparato. Las ondas de sonido se fueron apagando poco a poco.

Daniel se puso en pie y ayudó a incorporarse a la joven.

—Me parece que aquí ha tenido fin la carrera de crímenes de un miserable ambicioso —dijo.

Miró a J'Min. El hombre se sacudía el polvo de las ropas.

—¿Cree usted que Dagger estaba ahí? —preguntó.

—Seguro. De todas formas, lo sabremos al llegar a la ciudad.

J'Min había venido en un aeromóvil, en el cual embarcaron a los dos esbirros de Dir—01. Partieron inmediatamente, dirigiéndose a la Central de la Policía Social.

Al llegar allí, J'Min enseñó un documento, que le procuró

inmediato acatamiento por parte de los funcionarios. Entonces se enteraron de una cosa muy curiosa.

Una hora antes, se habían producido numerosas explosiones en distintos puntos de la ciudad. Varios cientos de individuos habían perecido de pronto.

Los policías estaban desconcertados, ya que no sabían a qué achacar aquel extraño fenómeno. J'Min, Daniel y Perla sí lo sabían.

—Dagger tenía su propia central de control en el aeromóvil que cayó al suelo —explicó J'Min—. Al estallar el aparato, la central comunicó su descarga a todos los tubos. Como los componentes de los distintos círculos los llevaban encima constantemente, al explotar sus respectivos tubos, murieron abrasados.

—Con lo cual, la amenaza que se cernía sobre el gobierno ha desaparecido —dijo Daniel—. Pero no la que cernía sobre mí.

—Explíquese, Borrow —pidió J'Min.

—Mi misión... si es que se puede llamar de este modo, ha terminado. Ahora tendré que presentarme ante una Analizadora y recibir la orden de un empleo.

J'Min sonrió.

—El gobierno tiene en estudio determinadas medidas que suprimirán muchas restricciones —manifestó—. Por supuesto, las Máquinas continuarán siendo necesarias durante mucho tiempo. Colaborarán a proporcionar conocimientos a los hombres y señalarán el trabajo más adecuado para cada uno, pero los resultados de sus consultas serán siempre a título meramente informativo y no determinante en absoluto.

—Comprendo —sonrió Daniel—. Uno podrá siempre alegar que desea otro empleo, si así le parece bien.

—Exactamente. Las Analizadoras informarán, no ordenarán.

—A mí no me ordenarán más —dijo Daniel—. Al contrario, fui yo el que descubrió que podía imponerme a una Máquina.

J'Min se asombró.

—¿Cómo lo hizo? Supongo que no manipularía en sus mecanismos —dijo.

—En absoluto. Me limité a recordarle a la Máquina que era un ser humano y que era ella, en todo caso, quien debía obedecerme.

—Es usted muy astuto —sonrió—. Borrow, el gobierno necesita de hombres como usted, personas con imaginación, que sepan

siempre que un cerebro vale más que una Máquina.

—¿Está ofreciéndome un empleo? —preguntó el joven con recelo.

—Le gusta la vida de vagabundo —terció Perla.

—¡Hum! —dijo J'Min—. Borrow, me parece que ya es hora de que empiece a sentar la cabeza.

Y miró a la joven intencionadamente.

Perla se sonrojó, pero no dijo nada. J'Min añadió:

—El vagabundeo no es propio de los casados. Tienen que atender a la familia y subvenir a sus necesidades.

—¿Y cómo sabe usted que yo me voy a casar? —preguntó Daniel.

—Porque lo estoy viendo en los ojos de esta hermosa dama que tiene a su lado. Bien —añadió J'Min—, de todas formas, discutiremos más adelante lo de su empleo. Creo que en estos momentos desea discutir otro problema más perentorio... y esas cosas se hacen mejor a solas.

J'Min se marchó de la habitación. Daniel y Perla quedaron frente a frente.

—Bueno —dijo el joven—, parece ser que alguien ha tomado una decisión por nosotros. ¿Qué me contestas, Perla?

—Una consulta a la Máquina resultaría muy interesante. A ti te gusta el vagabundeo y a mí me gusta la quietud. Nuestras aficiones son muy distintas y podría ser origen de graves desavenencias en el futuro.

—Para quedarme a vivir en la casa del valle, no necesito de consultas —rezongó él—. Es decir, salvo la que debo hacer a la interesada.

Perla le dirigió una mirada maliciosa.

—¿No te sentirás inclinado a vagar de nuevo por los campos? —preguntó.

Daniel encerró con sus brazos el esbelto talle de la joven.

—Ahora, no —afirmó rotundamente—. Nuestro círculo se ensancha.

—No será el de tus brazos —se quejó ella—. ¡Cómo aprietas!

—Es que no quiero dejarte escapar —sonrió él, inclinándose a besarla.

Y mientras sus labios estaban fuertemente unidos, Daniel pensó

que, si bien habían destruido un círculo infernal, empezaba a construir otro que le proporcionaría paz y felicidad en el futuro.

FIN